

27 DE NOVBRE. DE 1955
NUMERO

452

SEGUNDA EPOCA

Director-Gerente

Licenciado

GUILLERMO IBARRA

SUPLEMENTO DOMINICAL DE

EL NACIONAL

AL SERVICIO DE MEXICO

REVISTA MEXICANA DE CULTURA

En la formación de
hombres debe entrar la
mayor proporción de sa-
via nacional que destila
la historia.

Alfonso REYES

HOMENAJE A ALFONSO REYES



ALFONSO REYES.—DIBUJO DEL NATURAL, DE RAUL ANGUIANO.

En este año de 1955 cumple cincuenta de escritor el gran poeta, ensayista y humanista, gloria de las letras continentales, Alfonso Reyes. Con tal motivo, la Revista Mexicana de Cultura, entre cuyos colaboradores cuenta a este eminentísimo mexicano, dedica el presente número a estudiar y celebrar su obra y su vida, tan ejemplarmente puestas al servicio de los más altos ideales del hombre, a través de diversos ensayos y artículos escritos expresamente para la ocasión por ilustres escritores de México e Hispanoamérica. La obra y la personalidad de Alfonso Reyes son un ejemplo vivo y señero para todos los pueblos que dedican sus mejores afanes a las tareas del espíritu y al enriquecimiento de la cultura.

EFEMERIDES ALFONSINAS

Por Andrés HENESTROSA

Los últimos tiempos han sido de Alfonso Reyes. Su nombre, su fama, literaria, han alcanzado su plenitud, han escalado la cúspide. Yo he vuelto a sus libros, a sus primeros libros, a aquellos que leí hace treinta años. Cuando consigo vencer el temor que me crea la sola idea de que puedo robarle su tiempo, me asomo a su casa, temeroso y humilde. Cuando logro sobreponerme al respeto que su nombre me infunde siempre, le escribo una carta, o me ocupo de sus libros. Por eso cuando fui solicitado para escribir acerca de su persona y de su obra, negarme fue lo primero que me ocurrió hacer. Bastó sin embargo un minuto de reflexión para decidirme a hacer algo que si no tuviera otro mérito, tendría el de mi admiración por un escritor que no cesa de enseñar desde la hora en punto en que apareció en las letras patrias, hace medio siglo. Y me decidí por unas efemerides que por paradoja más parecen mías que de Alfonso Reyes, pues en efecto son los anales y el recuento de lo que le adeudo: estas fechas se refieren a él, sí, pero en relación a un lector suyo. Lo escribo sin consultar casi ninguna fuente, fiado en mi recuerdo y quizá ese pudiera ser la sola gracia de estas notas. Esta devoción y familiaridad con sus textos, sobre todo los primeros que leí, son resultado de una lección suya. Alfonso Reyes me enseñó que los escritores no se conforman con que los veamos; quieren, sobre todo, que les leamos. Estas efemerides son el fruto de esas lecturas, de ese trato con sus libros.

1889.—Nace el 17 de mayo en la ciudad de Monterrey, de familia originaria de Jalisco.

1910.—Constituye en unión de Vasconcelos, Caso, Henríquez Ureña, González Martínez, Torri, Silva y Aceves, el Ateneo de la Juventud.

Escribe un primer ensayo sobre Góngora. En él se basa su primera conferencia, dada en la tribuna del Ateneo. Se titula "Sobre la estética de Góngora", y así aparece en su primer libro, *Cuestiones Estéticas*.

El lunes 15 de septiembre dicta en el Salón de Actos de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, la conferencia sobre "Los poemas rústicos" de Manuel José Othón, que inicia una serie de ensayos y de estudios en torno a la literatura nacional.

1911.—Escribe la primera versión de la *Visión de Anáhuac*, como puede verse en su conferencia *El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX*, dictada en representación de sus compañeros del Ateneo en el seno de la Academia Mexicana de Jurisprudencia y Legislación. Allí aparece por primera vez el botón del hallazgo feliz, ahora convertido en prologo: "Caminante: has llegado a la región más propicia para el vagar del espíritu. Caminante: has llegado a la región más transparente del aire".

Aparece en París, prologado por Francisco García Calderón, *Cuestiones Estéticas*. Tiene Alfonso Reyes veintidós años, pero sólo el entusiasmo traduce en este libro su edad. No son dones de toda juventud su madurez erudita y su crítica penetrante, dice el prologoista. El volumen reúne algún trabajo a los veinte años.

1913.—Muere su padre, el general Bernardo Reyes, en circunstancias trágicas, según lo contó el Corrido, y lo ha llorado el poeta:

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.

Sale Alfonso Reyes para Europa. Pasa días aciagos en Madrid hasta que logra instalarse y alcanzar plena beligerancia en la arena del periodismo. Por años se ganó la vida escribiendo artículos al por mayor. En "Despedida a José Vasconcelos" (*Reloj de sol*), ha dicho: "Tú, en un pueblo de los Estados Unidos, vendías pantalones al por mayor, hechos a máquina, y yo, en Madrid, artículos de periódico al por mayor, hechos también a máquina".

El 20 de julio se gradúa Licenciado en Derecho, con la tesis que lleva por título *Teoría de la sanción*, publicada en la revista de la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Tiene Alfonso Reyes 24 años.

1915.—Vive en Madrid, amigo de la plana mayor de la inteligencia española, "... el recuerdo de las cosas lejanas, el sentirme olvidado por mi país y la nostalgia de mi alta meseta me llevaron a escribir la *Visión de Anáhuac*".

1916.—En junio inicia en *El Imparcial* con el seudónimo de "Fósforo"—que ya había usado con Martín Luis Guzmán en el semanario madrileño, *España*—, una serie de crónicas cinematográficas que si bien no tenían el rango literario de las publicadas aquí, revelan sus curiosidades.

1917.—Se publica en San José de Costa Rica en la serie de "El Convivio" de Joaquín García Monge, la primera edición de la *Visión de Anáhuac*, el día de hoy una verdadera joya bibliográfica.

Prologa y anota para la Editorial-América, en Madrid, de Rufino Blanco-Fombona, la edición de las *Memorias de fray Servando Teresa de Mier*. Años Después, tal vez en *Reloj de sol*, llamó a fray Ser-



Una de las últimas fotografías de Alfonso Reyes.

vando "el otro, regiomontano ilustre", que no faltó tanto o malicioso que quisiera afeárselo. Reyes aclaró —¿en dónde— que "el otro" no era él, sino Kant regiomontano como el Padre Mier. Y yo siempre me he preguntado cómo se le pudo pasar que hay otro: Juan, el Regiomontano, mencionado por fray Martín Sarmiento, aquel milagro de erudición que dijo Feijóo.

Son años de febril actividad. Escribe en *El sol* que tiene a José Ortega y Gasset como orientador. De estos años son, aunque algunos se hayan publicado un poco más tarde, o estuvieron de tiempo atrás en borrador o en telar: *Cartones de Madrid*, *El suicida*, *El plano oblicuo*, *El cazador*, *Calendario*, y el centón de artículos y ensayos con los que después integró diversos

títulos: *Las vísperas de España* y *Aquellos días*, por ejemplo.

1918.—Prepara para la Colección de Clásicos Castellanos de "La Lectura", el tomo de Teatro de Juan Ruiz de Alarcón, sobre quien hizo algunas de las observaciones más agudas y certeras. Trabaja sobre Gracían, Quevedo, el Arcipreste de Hita, siempre con la maestría, elegancia, erudición que le son proverbiales.

1920.—Aparece en México, en la colección de la Lectura Selecta de Francisco González Guerrero, *Retratos reales e imaginarios*, pariente por más de un título de aquel libro de Icaza: *Sucesos reales que parecen imaginados*. En ese libro recoge Alfonso Reyes notas, reseñas, esbozos, extractos de lecturas y comentarios, publicados en la

prensa madrileña, escritos al azar de los sucesos y de los libros.

1921-26.—Se publica la serie de *Simpatías y Diferencias* que incluye los libros, *Los dos caminos* y *Reloj de sol* (*El Reloj de Sol*: el que marca las horas con modestia).

1922.—Escribe el día 5 de agosto en carta a Mediz Bolio: "Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habían de desarrollarse bajo esta divisa: *En busca del alma nacional*. La *Visión de Anáhuac* puede considerarse como un primer capítulo de esa obra, en que yo, procuraría extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica: buscar el pulso de la tierra, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y a las piedras de nuestras tumbas y monumentos..." Y soñaban con que alguna vez se recogieran todos nuestros mitos y leyendas como una manera de integrar aquella alma. Allí, en esa carta que luego fue prólogo de *La tierra del faisán y del venado*, la semilla más lejana de *Los hombres que dispersó la danza*...

1922.—Andrés Botos publica el libro de poemas *Huellas* (colección de erratas con algunos versos, que dijo Ventura García Calderón. ¿Por qué dirá don Alfonso que es del año de 23? Supongo que esa será una edición que yo no conozca, o que la de Botos no tiene la autorización del poeta.

1924.—Se publica por la Editorial Calleja el poema dramático *Ifigenia cruel*, primera obra de Alfonso Reyes que leí. Muchos años después, en 1932, Herminio Ahumada, recordando mi devoción por esa obra, me envió desde Madrid un ejemplar con esta dedicatoria: "De entre los libros viejos rescatado, por devoción a tí, mi querido Andrés, éste de Alfonso Reyes".

1926.—En el mes de enero escribe desde París la "Carta a dos amigos": Enrique Díez-Canedo y Genaro Estrada; el uno en Madrid, el otro en México, que puede considerarse como un primer testamento literario: "Atención, Enrique, por si muero en Europa. Atención, Genaro, por si muero en América". Los dos amigos se fueron muy temprano:

"¿A dónde están Pedro, Antonio y Enrique?", exclama el poeta.

Aparece en París su libro de poemas *Pausa*.

1927.—Publica en Madrid *Cuestiones Góngorinas*, libro en que reúne en ocasión del tercer centenario de la muerte de Luis de Góngora la serie de ensayos que a lo largo de veinte años había escrito y publicado en periódicos y revistas de Madrid y de París. Así, por ejemplo, el debate sobre el texto de las "Lecciones de Pellicer", aparecido en la *Revue Hispanique*, en 1918 del que existe un sobretiro de extrema rareza.

Al mediar el año vuelve a México. Antonio Caso nos los presenta en una aula de la Escuela de Leyes, con estas palabras: "Jóvenes alumnos: Este es Alfonso Reyes, un mexicano que ha honrado a su patria en el extranjero". De cuantos estábamos allí, quizá sólo Manuel Moreno Sánchez y yo conocíamos sus libros.

1930.—Aparece en Río de Janeiro el No. 1 de *Monterrey*, Correo literario de Alfonso Reyes, con la deliciosa viñeta y la cuarta evocativa que todos ustedes recuerdan. El último número del Correo —el 14— apareció en Buenos Aires, en julio de 1937.

1931.—Aparece en París 5 casi sonetos. Yo tengo un ejemplar mecanográfico.

1932.—Se inician años de gran actividad literaria y editorial. Se publican en Río y en Buenos Aires libros, cuadernos y plaquetas de poesía: *Romance del Río de Enero*, *A la memoria de Ricardo Güiraldes*, *Yerbas del tarahumara*, *Golfo de México*, *Minuta* —¿en Holanda?—, *Infancia*, *Cantata en la tumba de Federico García Lorca*.

1932.—Se publica en edición privada *A vuelta de Correo*, respuesta a las interacciones de Héctor Pérez Martínez, después recogida en *La X en la frente*.

1934.—Fábula, Hojas de México, de Miguel N. Lira, dedica un número de homenaje a Alfonso Reyes.

1936.—Salgo para los Estados Unidos. Dejo en México mis libros y pierdo durante tres años la familiaridad con los libros de Alfonso Reyes.

Se publica bajo el signo de Fábula, Nueva Voz.

1940-51.—Aparecen una serie de títulos de libros de poemas, ensayos, estudios literarios y segundas ediciones.

1949.—Al cumplir Alfonso Reyes 60 años, los escritores y poetas, pintores y artistas, libreros y lectores, organizan en su honor homenajes de admiración y de respeto. En uno de ellos, el que tiene lugar en su propia casa, Eduardo Villaseñor y yo, en amable contienda, cantamos las más hermosas, las más viejas, las más olvidadas canciones mexicanas.

Y al llegar a esta parte la figura de Alfonso Reyes, sus libros, su historia me son tan familiares y cotidianas, que todo forma un solo cuerpo por donde no puedo manejar sin brújula.

Cómo Conocí a Alfonso

Por Rafael Heliodoro VALLE

En la pantalla de mis recuerdos aparece el rostro de Alfonso Reyes en mis días de la Escuela Normal de Tacuba, poco tiempo después de que él había publicado "Cuestiones Estéticas". En dicha escuela Basilio Badillo, Gregorio López y Fuentes, Francisco González Guerrero y yo habíamos fundado la sociedad "Ignacio Manuel Altamirano" y para su solemne inauguración deseábamos que Alfonso nos dijera algunas palabras. Mucho nos hablaba de él Rafael López, nuestro gran animador hacia las letras y catedrático de una clase de Literatura. Fui comisionado para hacerle aquella invitación. Vivía en el barrio de Santa María, y aunque sabíamos que no se daba tiempo para sus estudios, preferí buscarle allí y no en su oficina de la Secretaría de Educación Pública, en la que trabajaba no recuerdo en qué. Con su cortesía proverbial, Alfonso me pidió que le excusáramos, pues no le sería posible estar con nosotros debido a que ese día iba a estar en Monterrey.

Salí de México hacia el sur, pasaron algunos años, y cuando regresé a México, Alfonso ya gozaba de gran nombre literario y se encontraba en España haciendo investigaciones sobre Góngora y otros clásicos españoles. Un día tuve noticia de que había regresado a esta capital y, más que volando, caí de rayo en su casita del barrio de Santa María, en donde le encontré conversando con Pedro Henríquez Ureña. A la mesa había un gran pozuelo, que Alfonso me enseñó orgullosamente como reliquia de su niñez, porque su madre doña Aurelita le había servido chocolate en él. La conversación fue en extremo interesante, pues me habló de "Azorín" en términos de indiscreción, que yo, redactor de "Excelsior", aproveché a maravilla para contarle.

Hubo un paréntesis en que nuestras buenas relaciones se oscurecieron por aquella travesura inocente; pero Guillermo Jiménez, muy amigo de ambos, tomó a su cargo nuestra reconciliación, cuando Alfonso hablaba portugués en el Brasil. La reconciliación se efectuó en cuanto él tuvo la gentileza de enviarme su correo literario "Monterrey". Y de entonces para acá he tenido el privilegio de gozar de su encantadora cortesía, su magisterio verdaderamente magistral y su don de conversador incomparable.

En su biblioteca hemos conversado al calor de una fogata invisible, evocando él sus días de Madrid o sus noches de París, y siempre ha sido el mismo maestro mágico, verdadero Alfonso el Sabio, que tiene tiempo para oír confesiones como un abate humanista y para hablar de sus temas predilectos que le permiten demostrar su sabiduría insigne y su humildad profundamente humana.

Conocí a don Alfonso Reyes cuando cursaba yo el último año de la Escuela Nacional Preparatoria. Era el año de 1912. Terminaba una etapa del Barredismo. El Ministro García Naranjo había reformado el Plan de Estudios. Don Antonio Caso se había hecho cargo de la cátedra de Lógica por fallecimiento del doctor don Porfirio Parra, director, entonces de la Facultad de Altos Estudios. Pedro Henríquez Ureña era el alma de la reforma preparatoria. La filosofía, la implorante que rondaba fuera de las aulas de la Universidad, como la había llamado don Justo Sierra en el memorable discurso de la reapertura de la Universidad en el año de 1910 entraba con todos sus honores en el recinto universitario. Se daban conferencias sobre arte, se intensificaba el estudio de la Historia y por primera vez se iba a crear una cátedra de literatura mexicana. El estudio de lo nuestro adquiría importancia por la reciente publicación de la *Antología del Centenario* dirigida por el maestro Sierra y realizada por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. Además, en la Universidad Popular se daban conferencias por varios de los antiguos socios de la Sociedad de Conferencias, después del Ateneo de la Juventud, sobre temas que preocupaban al mundo intelectual de entonces o que se referían al arte y la vida mexicana. El estudio de la arquitectura virreinal atraía a don Federico Mariscal, a José T. Acevedo; Saturnino Herrán iniciaba el interés por lo mexicano en sus cuadros, dando origen al gran movimiento nacionalista que surgió después; Manuel M. Ponce iba a la entraña del pueblo para sorprender sus melodías. Luis G. Urbina se aventuraba en la selva insuficientemente explorada de las letras mexicanas en su cátedra de la Escuela de Altos Estudios.

Los jóvenes de entonces ya participaban en todas las actividades de este movimiento que había de cambiar la dirección de la cultura mexicana.

Las cátedras de Caso, de Urbina y de Henríquez Ureña eran el foco de atracción de todas las inquietudes. La elocuencia del primero, la suavidad y elegancia de exposición del segundo y la sabiduría del tercero, fascinaban a los espíritus jóvenes que maduraban en las aulas preparatorias y que, con el empeño de afirmar sus vocaciones concurrían como oyentes a las cátedras que se impartían en la Escuela de Altos Estudios. Para muchos de nosotros el edificio mismo tenía muy gratos recuerdos ligados con nuestra infancia. Ahí había existido una de las escuelas primarias que más sazonados frutos había dado al país; la Escuela Primaria anexa a la Normal de Profesores, institución modelo que había sufrido el influjo de Rébsamen y de todos los discípulos que colaboraron con él en la reforma de la primera enseñanza en México. Las aulas de la Escuela de Altos Estudios, los espaciosos patios, la gran biblioteca recordaba a los jóvenes de ahora la niñez de antaño, y el recuerdo avivaba el interés de inteligencias ávidas de penetrar en el secreto de un mundo que se adivinaba ya preñado de trágicos misterios.

Ahí, enseñando literatura castellana, encontramos a Alfonso Reyes, mozo de unos cuantos años mayor que los estudiantes que fuimos a escuchar sus lecciones. Alfonso Reyes con Julio Torri eran los menores en esa brillante generación del Ateneo. Después de la cátedra, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso se reunían en la biblioteca de la escuela con los discípulos que tenían interés en escucharlos. Pedro Henríquez, la mejor vocación de maestro que he conocido, sabía que la cátedra no era sino el principio de la enseñanza, que lo mejor debía realizarse fuera, en la actividad socrática de preguntar y de responder. El coloquio entre el profesor y el discípulo que se improvisa en los corredores del

ALFONSO REYES

Por Julio JIMENEZ RUEDA



Alfonso Reyes.—Dibujo de Foujita, Río de Janeiro, 1932.

plantel, en el café, en los patios en torno a una mesa de la biblioteca, a falta de los jardines de Academia, o los pórticos de Atenas es el mejor medio de descubrir la vocación del alumno y de enseñarlo a pen-

sar. Hasta ahora la Universidad sólo ha empleado la cátedra como vehículo de enseñanza; pero ha faltado el diálogo fuera de ella que es más fecundo y promotor. Los maestros de 1910 lo iniciaron. Es sa-

bido cómo se reunían a leer y a comentar en común las obras maestras del pensamiento universal. Don Antonio Caso abría tertulia diaria en su casa y admitía a ella a los discípulos que deseaban realmente aprender. Esas tertulias se prolongaban frecuentemente hasta la madrugada. Henríquez Ureña se hacía acompañar por las calles de sus discípulos, prolongaba las explicaciones fuera del recinto universitario, daba a sus oyentes uno de los múltiples libros que apretaba bajo el brazo, le pedía un comentario, le señalaba un trozo importante, corregía una frase, afinaba un pensamiento. Alfonso Reyes nos encantaba por la agudeza de su pensamiento y la gracia alada de su expresión. Tenía el don de estimular al estudiante aún cuando se mostrara inconforme con la opinión por él expresada. Su mirada maliciosa que se conservado hasta ahora se hacía clara, diáfana cuando adivinaba en los muchachos que lo rodeaban en las horas crepusculares de nuestra vieja facultad alguna vocación decidida, una promesa en embrión, la posibilidad de un talento que daría más tarde frutos apreciables.

Desgraciadamente pasó muy poco tiempo entre nosotros. La revolución y la diplomacia se lo llevaron fuera del país. Pero siguió atentamente la marcha de la vida mexicana. Mantuvo el recuerdo de los jóvenes que había conocido en su paso fugaz por las aulas de Altos Estudios. Siguió con interés el trabajo de los que ya se iban convirtiendo en hombres y comenzaban a realizar la obra que él había adivinado que realizarían y no faltaba, desde lejos el estímulo, el consejo, por medio de unas líneas en una tarjeta, la dedicatoria de un libro, el consejo en las páginas de una de esas originales revistas que imprimió en Río de Janeiro o en Buenos Aires para comunicarse con sus amigos. Aquí sobre mi mesa tengo un ejemplar del *Correo Literario* de Alfonso Reyes que lleva el nombre de su querido Monterrey, comenta el número inicial de la revista *Universidad de México* aparecida, bajo mi dirección en noviembre de 1930. Su comentario es generoso: "En una ciudad como México, donde el mundo intelectual y artístico no está divorciado de los centros oficiales de enseñanza, una revista como ésta llamada a gran porvenir", y los reparos los hace fuera de la reseña. El interés que tiene por cada detalle se manifiesta en ello. De su puño y letra. "¿Por qué no usar el semanario con nombres de autores? ¿Por qué no cambiar de nombre? Lo saluda su amigo A. R."

Después participamos en una empresa común. Interesado el jefe del Departamento del Distrito don Raúl Castellano, por fomentar el buen teatro, creó una comisión en la que intervinieron el inolvidable Enrique Díez Canedo, Alfonso Reyes, Adolfo Fernández Bustamante y participé en sus labores. Fueron un regalo las reuniones que teníamos para organizar la temporada; la selección del repertorio; los comentarios sobre el resultado de la obra que se había representado; el interés que se ponía en todo, en el vestuario, en la iluminación, en la propaganda. El juicio agudo de Alfonso, la observación certera de Díez Canedo, nos enseñan con mucho a los que creíamos saber bastante de achaques de teatro por haber pasado una parte de nuestra vida trabajando en cosas relacionadas con el arte dramático.

Que estas líneas sean una pálida contribución en el homenaje que el mundo de habla española le tributa al artista, al hombre de letras, al filólogo, al crítico, contribución del discípulo que hace también casi cincuenta años influyó con su estímulo y su consejo en su naciente vocación y que, por lo demás sigue recibiendo enseñanzas de él en cada libro, en cada ensayo, y en cada actitud de una vida ejemplar.

EL SEGUNDO DON ALFONSO EL SABIO

Por Germán ARCINIEGAS

Si usted pregunta en México por don Alfonso el Sabio, le llevan al número 122 de la calle Industria. Llama usted a la puerta. Es muy posible que salga a recibirle la mujer de don Alfonso. Una mexicana expansiva, cordial. Parece una campesina sacada de un fresco de Diego Rivera. Entra usted a la biblioteca de don Alfonso. Pulida, resplandeciente, inmensa. La casa toda no es sino un inmenso salón que tiene la altura de dos pisos. No ha quedado espacio ni para alcoba, ni para el comedor, ni para la cocina o el baño, que están como en escaparates agregados a la librería. Don Alfonso escribe en un balcón volado entre la estantería. Allí tiene su fichero, abre y elimina la correspondencia, recibe a los amigos, le ofrece a usted una copa de brandy, una tacita de café, un cigarrillo. El es pequeño, redondito, radiante y radioactivo. Antes de comenzar su trabajo, abre todas las cartas, las contesta todas con una sonrisa viajera, no deja a nadie sin decirle una palabra cariñosa. Unos minutos después, la tabla de su escritorio se ve limpia como un cristal. Ya no tiene nada por delante distinto del tema del día. Desembarazarse de lo accesorio es en él un ejercicio espiritual, una travesura. Cuando le mira a usted, se le cruzan por la pupila todas las burlas de la picaresca. En esto comienza a diferenciarse del rey de Castilla. El nuevo don Alfonso el Sabio ha gustado demasiado los placeres de Francia, lleva muy adentro la finura de México, se ha divertido tanto con los chistes de Góngora y Quevedo, para venir ahora a hacer el sabio del primer renacimiento medieval. El de Castilla y el de México son ambos reales. Al de Castilla lo llamamos Alfonso Rey, y al de México Alfonso Reyes. Pero el primero sigue siendo para nosotros, si no un rey de baraja, al menos de esos que aparecen miniados en los libros de canto, hechos con oro puro, sobre fondo celeste, y carnes de acuarela. Y el nuevo sabio tiene una piel que por cada poro deja salir un chisguete de ingenio.

Tiene, pues, limpia ya la mesa don Alfonso, y comienza a trabajar. Hoy, dice con radiante coquetería, que vengan los griegos. Y empiezan a entrar los héroes y las heroínas y los dioses y las diosas de la *Iliada*, de la *Odisea*. Hagamos el Homero, dice don Alfonso, y cierra los ojos. Y empieza a palpar el alma de los hombres, la carne de las mujeres, como el hombre más experto en esta clase de humanidades. Si quieres entender a los griegos tienes que saber todos los caminos secretos del placer. Ser experto en delicias, alado en el ingenio. Cita a Homero y a los poetas menores, acuden a su llamada los historiadores, todos le confían sus versiones maliciosas, sus enredos divinos, sus secretos prohibidos. Entonces don Alfonso escribe. Y rasguñando el papel, ríe la pluma.

Como el de Castilla, el de México es hoy la Summa. Conoce toda la historia y las historias, ha gustado de todos los libros, se ha acercado a la magia. En una hoja escribe sus lecciones literarias, en otra hace poesía. Don Alfonso de Castilla componía música y supo animar los laudes con sus cántigas. Don Alfonso de Anáhuac levantó en la meseta de México una pirámide en su finísima canción, y quedaron así, mágicamente vestidas, las maravillas geométricas de Teotihuacán.

Ahora celebran en México cincuenta años de la vida literaria del segundo don Alfonso el Sabio. Unámonos a la fiesta, y cantémosle unas mañanitas, como las cantaba el rey David.





Mucho es lo que se ha discutido, tanto en el campo literario como en el artístico y el filosófico, sobre las relaciones entre lo que podríamos llamar la Mexicanidad y la Universalidad. Unos, inclinándose al primer extremo, enjuician y condenan a los que consideran se apartan de los cánones de lo que entienden por lo nacional; otros, puesto el acento en el segundo de los extremos, enjuician y condenan, a su vez, a quienes consideran se han apartado de las líneas de los grandes modelos universales. En nombre de la nacionalidad o en el de la universalidad se establecen puntos de vista antagónicos, opuestos, diversos. Se quiere que el escritor, artista o filósofo cierre los ojos frente al resto del mundo, o frente a su propia realidad. En el fondo ambos puntos de vista no son otra cosa que escapismos, formas de eludir la realidad, aunque los partidarios de un punto de vista o de otro se acusen entre sí de escapistas. Los unos y los otros, como las avestruces, esconden la cabeza en lo inmediato o en lo abstracto, para evitar los problemas que les implicaría aceptar el conjunto. Ambos amputan la realidad, amputan al hombre, olvidan que lo nacional sólo puede ser nacional en relación con otras naciones o pueblos, y lo universal sólo lo es como expresión abstracta de todas las realidades concretas.

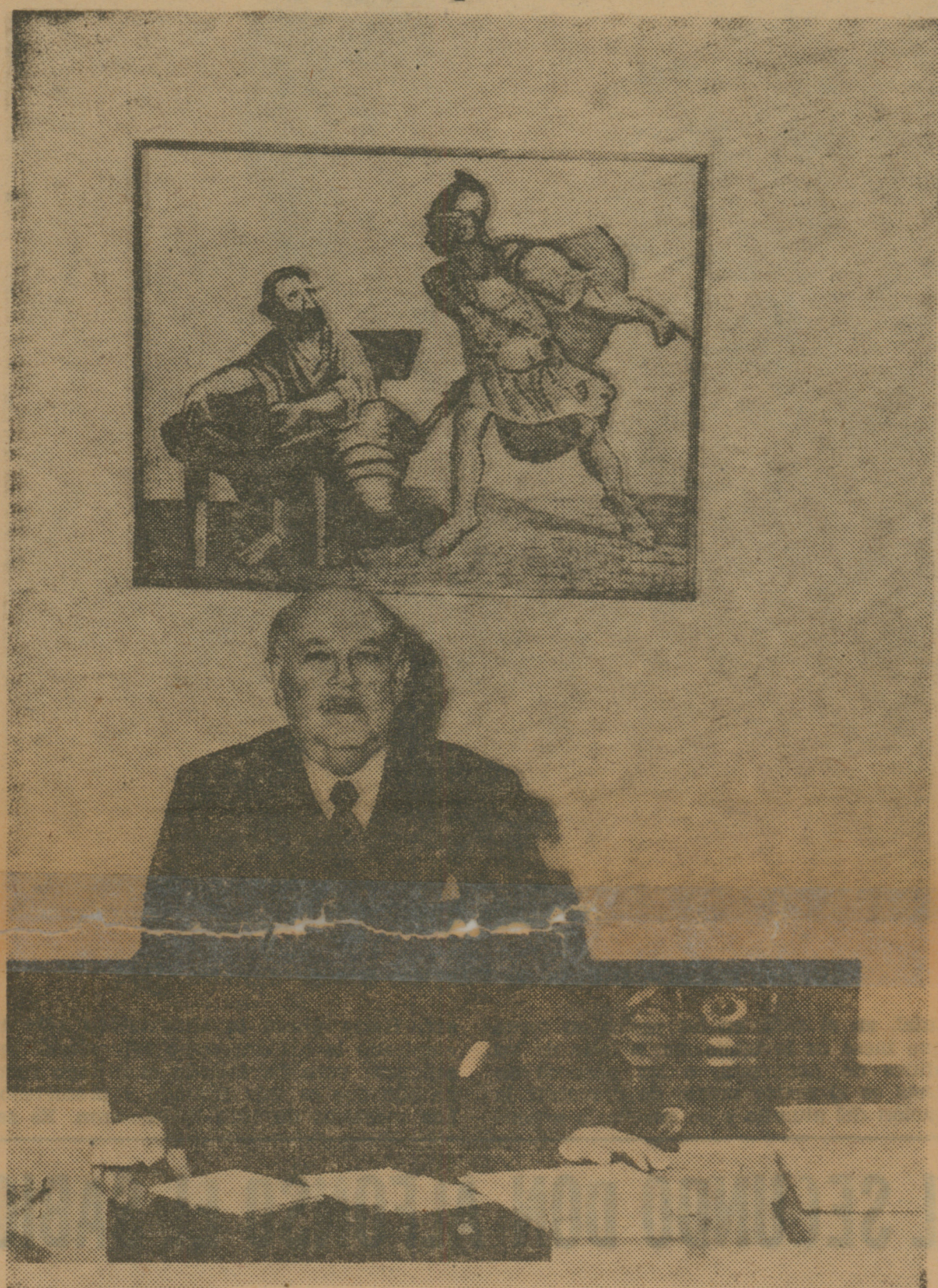
Frente a estas dos abstracciones, que ambas lo son, será siempre un ejemplo nuestro Alfonso Reyes. De él podríamos decir que nada de lo humano ha sido ajeno a su obra. Una obra polifacética, en la que no ha faltado la polémica aguda y certera contra el extremismo nacionalista o el universalista. Por ello, aunque parezca paradójico, el escritor que se ha enfrentado a uno y otro extremismo ha sido utilizado también, por los representantes de los mismos para justificar sus propios puntos de vista. Claro, que al hacer esto, han realizado la misma operación que realizan con su realidad: han amputado su obra; han visto un aspecto de la misma, el que los justifica, con olvido, consciente o inconsciente, de la otra. En una memorable reunión se ha visto ya a los representantes de un extremismo o de otro, citar casi los mismos textos para justificar sus opuestas tesis. A Reyes no le han faltado tampoco las condenas en nombre de los nacionalismos o en nombre de la universalidad. En nuestro campo ha sido acusado de "erasmismo" —como si la defensa de los valores humanos pudiese tener un signo negativo—, así como de eludir los temas de la realidad mexicana; pero también, ya en un campo internacional, Ortega y Gasset, le acusaba de "aldeano", "provinciano". Por supuesto, los unos no habían visto, o no habían querido ver de su obra, otra cosa que lo que se refería a los trabajos que había realizado sobre la literatura o temas universales, mientras el otro, no había visto sino sus críticas a una Europa estrecha, aldeana, provinciana, a pesar de sus protestas de universalidad.

Alfonso Reyes se ha preocupado en toda su obra por una sola realidad, la humana. En este sentido es en que merece en más alto grado el nombre de Humanista, independientemente del que merece por sus estudios sobre la llamada Cultura Clásica. Y esta realidad, la humana, se le ha presentado en su doble faz: mediata e inmediata; lo que es el hombre en su relación mediata, concreta, como miembro de una determinada comunidad; y lo que es en su relación más abstracta, pero no por eso menos real como miembro de una comunidad entre comunidades. Se ha preocupado por el hombre en su dimensión nacional, continental y universal, mostrándole las relaciones de una dimensión con la otra. Señalando con agudeza los lugares en que estas relaciones quedan rotas y la necesidad de restablecerlas. Criticando así las amputaciones, que hacen de una sola dimensión la única realidad.



ALFONSO REYES: NACIONALISMO Y UNIVERSALISMO

Por Leopoldo ZEA



Alfonso Reyes en El Colegio de México.

Centro de sus preocupaciones ha sido también la tragedia del hombre de América que habiendo amputado su realidad se queda sin ninguna parte de ella. Ese hombre que no pudiendo ser europeo, tampoco puede ser americano. Ese criollo eterno de América que no se decide a ser una realidad concreta, un mestizo racial o cultural. Juan Antonio Rosales, uno de los interlocutores de "Los dos augures" (La X en la frente), representa a este hombre que dice: "Los indios viven pegados a la tierra, y mueren si usted los saca de su paisaje natural, clima de su alma. Pero los blancos de México somos, a pesar nuestro, colonos, mexicanos provisionales, europeos por ímpetu y dirección hereditaria. No estamos identificados con aquél suelo, por mucho que en él hayamos nacido..." Mexicanismo provisional, he aquí la fórmula de los que se niegan a formar parte de la realidad que les ha tocado en suerte para potenciarla. Mexicanismo provisional que podría extenderse y llamarse "Americanismo provisional". Ese Americanismo o Mexicanismo provisional que hace que nuestros pueblos detengan su acción temerosos siempre de equivocarse, de inventar, de ser ellos mismos. A esta "provisionalidad" que lo es también humana, la del hombre que vive provisionalmente su ser, porque no puede ser otro que lo es, se enfrenta Reyes. Esa provisionalidad que ha caracterizado a nuestra América, obligada por las circunstancias a tratar de romper con su tradición sin poder tampoco formar otra.

Reyes, preocupado, igualmente, por la inserción del hombre mexicano o americano en lo universal, se ha puesto también en contra de los que, víctimas de un complejo

inverso al del "americanismo provisional" tratan de cerrar sus ojos a otra realidad que no sea la nacional, local o provinciana. "Yo tendría mucho que decir contra quienes, ignorando los altos intereses nacionales —dice Reyes—, se encierran, aíslan y enquistan en pequeñas luchas de campañario, sin importarles un ardite, no digamos ya la figura que México haga ante el mundo —porque no es cosa de mera vanidad—, sino la necesidad inapelable de vivir atados con todos los demás pueblos, como todos los pueblos viven". (La X en la frente). Y no se tome esto como defensa extranjerizante, europeísta, pues también Reyes ha hecho la misma crítica a Europa, a esa Europa que se consideraba a sí misma como el paradigma de lo universal, razón con la cual justificaba también su ignorancia frente a otros pueblos. "Pueblos magistrales —dice Reyes de los europeos— que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mi, veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas". (Ultima Tule). Tanto el nacionalismo mexicano como el nacionalismo europeo no hacen otra cosa que limitar al hombre, amputando su realidad, reduciéndola a sus más estrechos límites. La única diferencia entre el uno y el otro es que el primero se conforma con sus limitaciones, porque no puede hacer otra cosa, mientras el segundo, además, trata de imponerlas a otros pueblos con el señuelo de la universalidad.

Por supuesto, no han faltado también los que deduzcan de estas ideas de Reyes una condena contra toda preocupación por la realidad mexicana o americana, acusándola, sin discriminación, de nacionalismo. También en este aspecto ha hablado Reyes

con toda claridad al decir: "Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: 'En busca del alma nacional' ". Esto es, búsqueda del modo de ser del hombre de México; pero no para diferenciarlo, separarlo, abstraerlo; sino para insertarlo en una realidad más amplia. Por ello lo importante para Reyes es "descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogando pertinazmente a todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y nuestros monumentos". Todo hombre, todo pueblo, tiene una misión en la tierra, un sentido. Unos mayor, otros menor, según sea el punto de vista en que se vea esta misión, pero de igual importancia si se la ve dentro del conjunto. Por ello es necesario descubrir la misión del hombre, no del hombre abstracto, sino del hombre concreto. Descubierta la misión, el papel concreto que a cada hombre o pueblo toca tomar, todo el conjunto adquiere un sentido, un "para qué", que orienta y estimula. "Un pueblo se salva —dice Reyes— cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida". Así, en lugar de condenar esta búsqueda del alma nacional, Reyes la estimula; y la estimula porque no la confunde con el nacionalismo que sólo trata de definir lo propio para tener el derecho de ignorar lo que le es ajeno. "En busca del alma nacional! —dice Reyes— Esta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política". (La X en la frente).

¿Para qué esta búsqueda? Para integrarnos en lo universal; pero sin entender por tal una pura abstracción, sino lo humano, lo formado o por formar por el hombre concreto que vive y muere como cada uno de nosotros, que tiene posibilidades y limitaciones, como todos nosotros, independientemente de nuestra situación física o histórica. Una búsqueda para tomar conciencia de nuestra humanidad y, con ella, de la responsabilidad que la misma implica. La conciencia de que no somos ni más hombres ni menos hombres que los de otros pueblos o naciones, con los mismos derechos y las mismas responsabilidades. "Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre", dice Reyes. Por ello, agrega, "No nos sentimos inferiores a nadie, sino hombres en pleno disfrute de capacidades equivalentes a las que se cotizan en plaza". "El bien ha sido imprevisor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunos imperios precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que afrontar el peligro con armas de fortuna, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son ya madurar". (La Ultima Tule).

Ni mexicanidad ni universalidad como abstracciones. Ambas forman parte de la única realidad que es y debe ser el hombre concreto, en este caso el mexicano o el iberoamericano. A la universalidad no se llega por el camino de la abstracción; hay que ir a lo concreto, a lo propio, a lo mediato; pero para abstraer de él lo que nos universalice, lo que nos haga hombres entre hombres. La conciencia de esta auténtica universalidad será la que nos permita reclamar como lo hace Alfonso Reyes, un puesto en la cultura universal. La conciencia de sí mismos y con ella, de nuestro puesto en el mundo, será el mejor índice de que hemos alcanzado esa "mayoría de edad" que nos permita participar en tareas más amplias que las puramente locales. Entonces podremos repetir con Alfonso Reyes, mexicano universal, "hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habitaréis a contar con nosotros".





Dibujo de homenaje de Arturo Souto.

ALFONSO REYES

Por Juan RAMON JIMENEZ

Lo conocí en la plataforma de un tranvía amarillo y morado de "Salamanca", Madrid, que cruzaba la Castellana por la Biblioteca. Subía yo adivinándolo y él me sonreía. Sí, su sonrisa, como luego siempre, en su pisito bajo de General Pardiñas, en su piso principal de Serrano, en el Centro de Estudios Históricos, en la Embajada de Méjico, en mi misma casa, me recibió, fina, tersa, subida a los ojos. Entonces ¿lo recuerdo bien? Alfonso Reyes usaba un bigotillo mejicano lacio y de curva caída que armonizaba con los cálidos ojos pillastres y los hoyitos de la mejilla, fuente de su sonrisa. El hombre breve y lleno era entonces todavía, y me parece que lo seguirá siendo, un niño travieso y ya un insigne veterano, en un joven propio. No dos caras distintas, una al pasado y otra al futuro, cojidas por la nuca como en lo clásico, sino dos en una y en fundición jeneral esférica, jiratoria, presente, con eje en la médula espinal. Doble, triple ser en instinto, sustancia gris, ansia y fomento de la existencia.

Hombre trino y uno Alfonso Reyes, superior de espíritu, diferencia, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde donde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso de destino fatal resuelto. Tres razas por lo

menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mejicanos hacia lo total permanente. Y todos caminados por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y con alegría, con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, del tránsito internacional y universal.

Alfonso Reyes, salvador de todo lo salvable. Buen ejemplo y buena amistad la de este sintetizador de Méjico; dejadores, jenerosos, llevadores de lo mejor y sin necesidad suplicada del recíproco diario; saboreador el amigo ejemplar de la segura verdad espresada o secreta. Y un castillo gracioso dondequiera que se pare, y una tienda de campaña, por si acaso, que lo libre andara fuera del castillo, en la intemperie mayor donde brota la sencilla y más rica verdad. Llega al lugar necesario o gustoso, planta su receptor y su emisor, y a dar y a recibir con entusiasmo. Oídlo ahora reír y cantar. (Estuvo serio). Nos tira por el aire caliente o yerto, fondo de valle, sierra o llano, las flores y las frutas de donde sea, oeste, norte, este, sur, y la demásía, en la encantadora estación que él hace total.

MOTIVO

Pudiera parecer extraña esta adhesión nuestra al homenaje que EL NACIONAL ofrece a Alfonso Reyes. Muchos conocen que nos separan del gran escritor trechos dilatados de actividad y de doctrina. En efecto, el autor de *El plano oblicuo* no es hombre entregado a las urgencias de las luchas sociales ni escritor comprometido en la pugna decisoria de nuestro tiempo. Si no es exactamente un hombre aparte, es sin duda, un hombre remansado en las expectativas intelectuales. Pero, Alfonso Reyes supone, en términos dominantes —quizá pudiéramos decir históricos—, un impulso de cultura de firme raíz liberal, con todo lo que ello tiene en nuestra América de positivo y apetecible. Los que admiramos de viejo su don de raciocinio y poesía, su cultura cabal y su elegancia inherente —su sabiduría y su gracia—, quisiéramos un hombre alumbrado de pasión militante. No porque no sea, porque no haya sido así, podemos regatearle la calidad de su magisterio ni menos desconocerle el considerable servicio de sabiduría y creación con que ha enriquecido a nuestros pueblos.

Ningún valor literario hispanoamericano cuenta en nuestra isla con la adhesión que Alfonso Reyes. El escritor mexicano tiene aquí una muy bien ganada cercanía. Nuestros estudiosos lo sienten como un maestro familiar, como un sabio amable y sólido, como un guiador que transita las vías más dilatadas sin dejar de la mano a los epígonos. Saben sus discípulos distantes que cuando se emprende con él una investigación sostenida y estricta, el camino estará alumbrado, sin excepciones, por las gracias líricas. Caso singular en que quien discute sobre la belleza sabe crearla y quien usa el don de la poesía puede descubrirla las raíces.

En este inusual homenaje hay que destacar un aspecto importante. Nuestros jóvenes más enterados tocan en Alfonso Reyes una plena expresión de la mejor cultura, pero por el costado nuestro, criollo, hispanoamericano. En el humanista de México hallan una culminación de la propia fuerza, un caudal de innumerables confluencias pero que, en definitiva, corre en ondas reconocibles en veinte países que lo tienen como confirmación de sus posibilidades.

Meditando en esa asa familiar por donde todos los hispanoamericanos tomamos a Alfonso Reyes, pudiéramos pensar en el valor universal de la sonrisa, arma de nuestros pueblos. Sonrisa triste y cortés de nuestros indios, sonrisa impaciente por llegar a risa de nuestros negros, sonrisa sin recelo ni trastienda de nuestros antillanos de todos los colores. Un decir adusto será siempre un gesto extraño para nuestras gentes. Aún el que se cree más libre del impacto gozoso de nuestra naturaleza, recibe su cuota de regocijo. Exigimos, muchas veces sin advertirlo, que se nos hable en la clave de nuestra condición, al nivel de nuestro don sonriente. Y Alfonso Reyes es pródigo de ese don. Cuando nuestros jóvenes mejor pertrechados le saludan ahora el magisterio indudable, le están saludando la identificación en la sonrisa. Por eso su aniversario es, sin mengua de la magnitud, profundamente nuestro; fiesta de familia y regocijo entrañable.

LAS VIRTUDES CAPITALES

Todo lector asiduo de Alfonso Reyes tiene que advertir en su obra dos notas primordiales, que integran su singularidad: la fatalidad creadora y la sabiduría de vuelta. Al decir fatalidad creadora queremos aludir a esa consustancial fluidez que es la

HOMENAJE A ALFONSO REYES

Por Juan MARINELLO

marca mayor de una vocación inapelable. El autor de *El deslinde* es, por estas notas, un caso singular e infrecuente en nuestra literatura. Porque lo habitual, lo que parece hijo de nuestra historia y de nuestra realidad, es el escritor directo e hirsuto, que ejemplifica en el más alto nivel Domingo Faustino Sarmiento; o el buen catador de gracias lejanas, preferentemente francesas, de amanecer radiante y corto aliento. Parece como si al primero faltasen serenidad y reposo, ocio enriquecedor y don de matiz. Y como si el segundo viviese un efímero momento de gracia sin sustento. Nuestra historia literaria está en verdad poblada de rugidos imponentes y de escarceos sugestivos y fugaces. Alfonso Reyes es como el ápice superador de estas limitaciones reiteradas.

Hace medio siglo que escribe Alfonso Reyes: una gran medida difícil y riesgosa, amenazada siempre por el agotamiento y el desánimo. Su fuerza creadora logra accesiones valiosas —primor de primores—, al paso del tiempo, pero se mantiene fiel a sí misma. Asombró su maestría al nacer, como asombra su crecimiento al persistir. Cada vez que leemos al gran regiomontano —y lo hemos leído mucho—, nos sobrecoge este caso de producción sin angustia que arranca de lo biológico, de lo sanguíneo, de la irrefrenable intimidad. Alfonso Reyes es nuestro Doctor gráfico. Nació para escribir y no ha torcido jamás su destino. En verdad, no podría hacer otra cosa. No podría dejar de escribir y menos de escribir soberanamente. El dijo de otro escritor mexicano que nació perfecto. De él pudiéramos decir que morirá perfecto. Feliz fatalidad, si así puede decirse.

Cuando se considera la larga trayectoria de esta corriente que no se asombró de su primitiva excelencia ni se fatigó de la variada carrera ascendente, suele aludirse por algunos al europeísmo de Alfonso Reyes. Se ha afirmado que en las viejas tierras culturizadas del Occidente europeo —en Francia, en la Gran Bretaña, en Italia...—, no son raros los casos como el de nuestro escritor y que esa continuidad de obra y calidad parece la norma de cierto tipo de intelectual responsable y dotado que no aparece por nuestras tierras criollas. Tal afirmación no es correcta, aunque aluda a una innegable deficiencia de nuestro lado. Creo que el caso de Alfonso Reyes es como una confirmación anticipada, es un caso que está apuntando hacia una culminación tan legítima como asequible, hacia una integración americana en que nada debe sernos ajeno, pero en que nada debe sacarnos de nuestro modo intrasferible.

Alfonso Reyes es el ejemplo —anticipado, hemos dicho—, de una anchura de entendimiento, raciocinio y lirismo en que ha de residir la mayor medida de la inteligencia americana. Nos referimos a esa aptitud sorprendente para entrar, con tino europeo y sonrisa americana, en los campos más diversos de la cultura. Penetración sin

acento excluyente, identificación sin corte de las avenidas numerosas, entrega sin quemar las naves de vuelta. Alfonso Reyes tiene derecho de tránsito y portazgo en todos los parajes de la tierra. Cuando se entra por los vericuetos de la literatura española, todo le es familiar y consabido. Recorre con el Cid las estaciones del destierro y de la conquista; se va de la mano del Arcipreste por las plazas soleadas y por la sierra hirsuta en busca de Doña Endrina y de la Tablada; le entiende a Góngora la invención radiosa y el gesto amargo, dialoga con Ruiz de Alarcón, con su gracia y con su medida; ama con Lope y sueña con Calderón. Y nadie diría, si el nombre se ocultase, que el crítico andador no bebió en el nacimiento las fuertes aguas de la tierra española. Pero con igual desembarazo e intimidad se entrará Reyes por los predios floridos de Ronsard y por la sabiduría sin tiempo de Montaigne. Su maestría de poetas ingleses y norteamericanos es perfecta. Nadie en su tiempo ha dado un Goethe tan rico, tan genuino, tan cercano; no un Goethe en mangas de camisa, un Goethe desnudo. Su entendimiento de lo viejo y lo nuevo de nuestras tierras es asombro; su revelación de México, milagro.

SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

Para Alfonso Reyes, en el campo de la cultura, todas las vías son caminos del Delfín. Su vista alcanza a los recodos más esquivos, su tacto descubre las estribaciones más recónditas; pero al paso y en el gesto inseparable nuestro escritor retiene el aire americano y el ademán de México. Es por ello, por su universalidad y por su fidelidad, que su sabiduría es tan honda y su expresión tan justa. Cuando se le llama el mexicano universal no se calibra el sentido de la expresión; o más bien se invierte su realidad. Porque no es tanto que Alfonso Reyes sea un hijo de México que tiene en el mundo casa propia como que la ejemplar visión del mundo —genuina y plena—, está teñida de un mexicanismo de superior sustancia, en que reside la universalidad.

Desde luego que este color mexicano del universo alfonsino nada tiene que ver con el consabido color local, ni menos con el pintoresquismo —deformaciones inseparables de todo espectáculo poderoso, como es el de México—. Quien conozca la grande e inquietadora tierra de Alfonso Reyes entiende bien lo que queremos afirmar. No todos los que moran la región más transparente del aire gozan de esa virtud de estar a todo que es una primordial medida de lo mexicano; pero los que son dignos de aquella transparencia usan y gozan tal virtud.

Mi México, me decía hace muchos años Alfonso Reyes frente al mar habanero, se afila siempre en grandes tipos heroicos. Y a palabra seguida explica el sentido de tal

heroísmo. Se refería a la conjunción, en ciertas personalidades cimeras, de raras calidades concentradas, lo mismo en el ámbito de la audacia que en de la prestancia, lo mismo en el campo de la plástica que en el de la escritura. En tales personalidades están como sublimadas las potencias de un gran pueblo. Creo que Alfonso Reyes cuaja en su dominio, en su predio de esclarecido trabajador de la cultura, la cualidad mexicanas de estar a todo, de contemplar el mundo como un huésped más, sin privilegios pero sin extranjería, sin aspavientos y sin complejos, sin sometimiento y sin asombro. Alfonso Reyes es un tipo heroico de mexicanidad en la sabiduría iluminada.

Esta mexicanidad encumbrada nos ofrece lo sustantivo de la personalidad reynana. En ella se engendran su simpatía y su diferencia. México es para los hispanoamericanos como un crisol sin cansancio. En él se mueven fuerzas y sustancias innumerables. Desde lejos se vislumbran las chispas que levantan los choques de entraña; de cerca se descubren los logros singulares. Esa serenidad esclarecida, esa medida exacta, ese ritmo leve y contenido, ese vuelo de dibujo neto y certero, esa paciencia inquietadora —cualidades alfonsinas—, son dotes de atesoramiento sólo posibles en un gran mexicano. Por ahí anda su victoria, sensible para veinte pueblos. Desde aquí sentimos como nuestra la hazaña de Alfonso Reyes: él nos revela una ruta hacia un superior nivel de nuestra cultura: simpatía. Pero nuestra devoción es consciente de que estamos rindiendo homenaje a una condición distante y distinta de lo antillano, a esa luz amable y fiel (que en él dura ya medio siglo) que es un lujo difícil de su pueblo. Ahí está la diferencia, responsable también de su triunfo.

Pudiera decirnos que también nuestras islas han producido la sabiduría cordial, la cultura buida, la investigación sonriente. Y un nombre salta en seguida: Varona. Es cierto que en nuestro pensador está esa levedad que se hace perdonar el saber y que en su obra, como en la de Reyes, la poesía lo salva todo. Pero, aparte ser el autor de *Violetas* y *Ortigas* un recodo de nuestro acontecer literario, es patente que la linda conjunción de su firme saber europeo con su limpio señorío criollo está a mucha distancia del impetu sagaz y de la temperatura cordial del mexicano Alfonso Reyes. Varona no encarna el tono de su tierra, aunque la sirva y la honre tan largamente. Cuando Martí, juez de imágenes, lo advierte entre la calidez de su isla como "una flor de mármol", lo fija definitivamente. Reyes es, en cambio, el equilibrio andador entre la expresión superada, asequible a todos, y el entendimiento distintivo y entrañado de su tierra.

EL QUILATE REY

No es fácil dar con el valor literario capital y permanente de Alfonso Reyes. Su curiosidad lo ha llevado a todos los paisajes; su maestría a todos los géneros. Investigador y meditador, ha hecho armas como historiador y como crítico, como orador y como periodista, como ensayista y como poeta. Y en cada parcela nos ha dejado obra capaz de hacer, por sí sola, el prestigio inextinguible de un escritor. Los que se solazaron con su razonamiento tolerante y lúcido, aprendieron con su crítica creadora, sonrieron con su comentario de certera ironía y quedaron mudos ante su poesía sugerente y sabia, meditadora y sutil. Es explicable que repertorio tan vario y armónico haya levantado tan dilatada devoción. En verdad que cada cual en **HISGUE EN LA PAGINA QUINCE**



Dibujo de Anasco.

UNA CARTA DE ROMULO GALLEGOS

México, 30 de octubre de 1955

Sr. Lic. Guillermo Ibarra,

Director Gerente de EL NACIONAL

Ciudad.

Muy estimado y fino amigo:

Le agradezco mucho el honor que me ha dispensado al invitarme a participar en el homenaje que, en las páginas del Suplemento Dominical del importante diario dirigido por usted, se le tributará a don Alfonso Reyes con motivo de sus 50 años de ejercicio literario, pues así me es dado expresar, reiteradamente, la admiración que siempre me ha inspirado tan ilustre mexicano, en quien, además, tengo bien aplicado mi afecto.

Larga vida literaria ya, dedicada a cultivo exquisito de bellas y preciosas letras y año tras año bien mantenida la dignidad personal —nunca a mal servicio de sinrazón o injusticia puestos ni el claro talento, ni la vasta cultura, ni la presencia de hombre entre los hombres en los momentos de responsabilidad moral ante los ideales que se hayan abrazado— es Alfonso Reyes decoro de nuestra lengua y honra del espíritu que con ella se expresa en esta porción del mundo, pero sin que sólo dentro de sus límites esté encerrada la óptima fama de sus letras.

Yo comparto la emoción mexicana animadora de este justiciero homenaje rendido al gran escritor y noble hombre de esta tierra, porque toda la América de nuestra modalidad de pensamiento y forma de expresión en cada parte de ella lo considera como suyo propio, y siempre sabré agradecerle a usted el sitio y la ocasión que me ha brindado para este grato cumplimiento de deber.

Lo saluda cordialmente su amigo.

Rómulo GALLEGOS



Dibujo de homenaje de Roberto F. Balbuena.

GLOSA DE MI TIERRA

Amapolita morada
del valle donde nací:
si no estás enamorada,
enamórate de mí.

I

Aduerma el rojo clavel
o el blanco jazmín las sienes;
que el cardo es sólo desdenes,
y sólo furia el laurel.
Dé el monacillo su miel,
y la naranja rugada,
y la sedienta granada,
zumo y sangre —oro y rubí—
que yo te prefiero a ti,
amapolita morada.

II

Al pie de la higuera hojosa
tiende el manto la alfombra;
crecen la anacua sencilla
y la cortesana rosa;
donde no la mariposa,
tornasola el colibri.
Pero te prefiero a ti,
de quien la mano se aleja:
vaso en que duerme la queja
del valle donde nací.

III

Cuando al renacer el día
y al despertar de la siesta,
hacen las urracas fiesta
y salvas de gritería,
¿por qué, amapola, tan fría,
o tan pura, o tan callada?
¿Por qué, sin decirme nada,
me infundes un ansia incierta
—copa exhausta, mano abierta—
si no estás enamorada?

IV

¿Nacerán estrellas de oro
de tu cáliz temulento
—norma para el pensamiento
o bujeta para el lloro?
¿No vale un canto sonoro
el silencio que te oí!
Apurando estoy en ti
cuánto la música yerra.
Amapola de mi tierra:
enamórate de mí.

LAS QUEJAS

Sátira de los expatriados

—Quéjome, España, de ti,
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Tiempo ha que desembarqué
y nunca he cobrado aquí
lo que en mis playas dejé.
—¿Ay Coridón, Coridón
que en el lejano Catay
buscas lo que sólo hay
adentro del corazón!

—Y porque alejas de mí
a la dama que soñé:
que ni sus muros salté,
ni por sus trenzas subí
hasta el balcón de su fe.

—¿Ay Coridón, Coridón!
Tardado has trescientos años:
con la dama no hay engaños,
¡y habrá cerrado el balcón!

—Quéjome, España, de ti.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Con tus amores peque,
con tu Dios me arrepentí,
y con todos me engañé.

—¿Ay Coridón, Coridón!
No sabes lo que dices:
reincidencias y deslices
las flores del alma son.

—Y porque apenas bebí
tus soleras y probé
tus manteles, y tal fue
mi desazón, que me vi
como el patriarca Noé.

—¿Ay Coridón, Coridón!
Risa me inspiran tus llantos,
cuando duelos y quebrantos
son mi ordinaria ración.

—Quéjome, España, de ti.
—¿De mí, Coridón, por qué?
—Con tu orgullo me encendí,
con tu humildad me quemé:
cenizas soy del que fui.

—¿Ay Coridón, Coridón!
Claro está que no me amas:
no sabes lo que son llamas
y arder con resignación.

No sabe, no, lo que son,
cuando a llorarlo se atreve,
ni las llagas del tizón,
ni las llagas de la nieve
que afligen mi corazón.
Me acusa con intención
cada vez que lo interrogo;
pero ¿y las penas que ahogo,
las conoce Coridón?

TARDES ASI...

Tardes así ¿cuándo os he respirado?
Suelos cabellos, húmedos del baño;
olor de granja, frescor de garganta,
primavera hecha toda flor y agua.

Se abrió la reja y fuimos a caballo.
El cielo era canción, caricia el campo,
y la promesa de la lluvia andaba
viva y alegre por las cumbres altas.

Cada hoja temblaba y era mía,
y tú también, de miedo sacudida
entre presentimientos y relámpagos.

Latían entre nubes las estrellas,
y nos llegaba el pulso de la tierra
desde el tranco ligero del caballo.

MADRE:

Vienen y van, me cuentan cómo cam-
(bias,
pero me basta a mí que permanezcas.
El mismo soy de tus pañales: vaga
tu fragancia de leche en mi conciencia.

Ayer, con valerosa confianza,
me entregaste a mi propia fortaleza:
—Ve en pos de ti —dijiste—. Y me alar-
(gabas
la daga corta y la breve rodela.

Hombre soy: traigo para tu regazo
frente con duelo y trabajadas sienes;
pero mis brazos son los mismos brazos

que apretaron tu angustia hasta ven-
(certe,
cuando caíste sobre mí gritando,
el día de llorar, el día fuerte.

ARTE POETICA

1

Asustadiza gracia del poema:
flor temerosa, recatada en yema:

2

Y se cierra, como la sensitiva,
si la llega a tocar la mano viva.

3

—Mano mejor que la mano de Orfeo:
mano que la presumo y no la creo,

4

para traer la Euridice dormida
hasta la superficie de la vida.

SI SOLO FUERA...

Si sólo fuera un animal de amor,
agradecidamente dejaría
rodar la noche, despeñarse el día;
si sólo fuera un animal de amor.

Concertar un violín fuera mejor
que, entre una y otra pulsación, diría
el regocijo, la melancolía,
el sol, la paz, la vid, la miel, la flor.

O que cayeran glorias de los árboles
de modo que, al andarlos sacudiendo,
se coronara la frente de olor.

¿A ver si, al hora de colgar las alas,
se me rendía en premio la palabra:
"Si sólo fuera un animal de amor..."

SOL DE MONTERREY

No cabe duda: de niño,
a mí me seguía el sol.
Andaba detrás de mí
como perrito faldero:
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,
se revolcaba en mi alcoba.
Aun creo que algunas veces
lo espantaban con la escoba.
Y a la mañana siguiente,
ya estaba otra vez conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

(El fuego de mayo
me armó caballero:
yo era el Niño Andante,
y el sol, mi escudero).

Todo el cielo era de añil;
toda la casa, de oro.
¿Cuánto sol se me metía
por los ojos!

Mar adentro de la frente,
adonde quiera que voy,
aunque haya nubes cerradas,
¡oh, cuánto me pesa el sol!
¡oh, cuánto me duele, adentro,
esa cisterna de sol
que viaja conmigo!

Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.
Cada ventana era sol,
cada cuarto era ventanas.
Los corredores tendían
arcos de luz por la casa.
En los árboles ardían
las ascuas de las naranjas,
y la huerta en lumbre viva
se doraba.
Los pavos reales eran
parientes del sol. La garza
empezaba a llamear
a cada paso que daba.

Y a mí el sol me desvestía
para pegarse conmigo,
despeinado y dulce,
claro y amarillo:
ese sol con sueño
que sigue a los niños.

Cuando salí de mi casa
con mi bastón y mi hato,
le dije a mi corazón:
—¡Ya llevas sol para rato!
Es tesoro —y no se acaba:
no se me acaba —y lo gasto.
Traigo tanto sol adentro
que ya tanto sol me cansa.
Yo no conocí en mi infancia
sombra, sino resolana.

— 9 DE FEBRERO DE 1913

¿En qué rincón del tiempo nos aguar-
(das,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?

Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidabas
y, Cristo militar, te nos morías...

Desde entonces mi noche tiene voces,
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

INFANCIA

Yo vivía entre cazadores
que guardan el cañón del rifle,
desarmado, en tubos de aceite,
y que arrancan a martillazos
el alza y la mira.
"Porque —dicen— eso sólo estorba
para la buena puntería".

Yo vivía entre jinetes
que montaban en pelo, y a lo sumo
usaban bozal o almartigón;
que regían con la voz, y apenas
con un leve quiebro del tronco
o con la presión de las piernas.
"Porque —dicen— hasta el estribo
parece cosa de catrines".

Yo vivía entre vaqueros
que huelen a res
y traen las manos cuarteadas,
porque nada endurece tanto
como ese calor de las ubres
y la nata seca en la piel.

Yo vivía entre gendarmes rurales,
contrabandistas en su tiempo,
que sabían de guitarra y de albuces
y de pistola y de machete,
tan bravos que no se escondían
cuando les daba por llorar.

Yo vivía entre improvisadores
que, aconsejados del mezcál,
componían unos corridos
dignos del Macario Romero,
dignos del Heráclito Bernal,
sobre recuerdos del Río Bravo
y las hazañas de Crispín,
el que tenía pacto con el Diabolo.

Yo me vivía en las molineras
viendo cómo la piedra trituraba
la caña, y echa a un lado el bagazo
y al otro cuela el aguamiel
que se concentra al fuego en los peroles
y se va ennegreciendo y espesando.
El campo, a veces, al relente,
daba el olor de jara mojada en el
(arroyo,

y las haciendas oían todas
al cigarrillo de hoja de maíz.

Yo me vivía entre cervancieros

POE ALFONSO



Ilustración de Elv

viendo mezclar el lúpulo,
viendo escurrir los hilos rubios;
y entrábamos después en la cámara del
(hielo
que tenía un aroma de marea y pes-
(cado

y donde parecía que los párpados
perdían su peso natural
y los ojos se dilataban.

Yo me vivía entre gentes de fragua
y sabía mover los fuelles,
y para ver los hornos
me ponía gafas ahumadas.
Corrían chorros de metal fundido,
había llamas por el suelo,
había grúas por el aire;
y había laderas de brasas
que tenían de rojo medio cielo.

Yo me vivía en las minas,
viendo torcer los malacates,
oyendo tronar la dinamita,
viajando en canastillas y ascensores,
charlando con las tres categorías
—las tres edades de mineros—:
tigres, peones y barreteros.

M A S

REYES



Gascón.

Después... he frecuentado climas y
(naciones)
he visto hacer y deshacer entuertos.
Ay de mí! Cada vez que me sublevo,
la fantasía suscita y congrega
azadores, jinetes y vaqueros,
guardias contrabandistas,
petas de tendajo,
ente de las moliendas, de las minas,
de las cervecerías y de las fundiciones;
ando así, por los climas y naciones,
ando, en la fantasía
—mientras que llega el día—,
il batallas campales
on mis mesnadas de sombras
e la Sierra-Madre-del-Norte.

SALAMBONA

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

¿Y sabes a lo que sabes?
Sabes a piña y a miel,
sabes a vino de dátiles,
a naranja y a clavel,
a canela y a azafrán,

a cacao y a café,
a perejil y tomillo,
higo blando y dura nuez.
Sabes a yerba mojada,
sabes al amanecer.
Sabes a égloga pura
cantada con el rabel.
Sabes a leña olorosa,
pino, resina y laurel.
A moza junto a la fuente,
que cada noche es mujer.
Al aire de mis montañas,
donde un tiempo cabalgué.
Sabes a lo que sabía
la infancia que se me fue.
Sabes a todos los sueños
que a nadie le confesé.

¡Ay, Salambó, Salambona,
ya probé de tu persona!

Alianza del mito ibérico
y el mito cartaginés,
tienes el gusto del mar,
tan antiguo como es.
Sabes a fiesta marina,
a trirreme y a bajel.
Sabes a la Odisea,
sabes a Jerusalén.
Sabes a toda la historia,
tan antigua como es.
Sabes a toda la tierra,
tan antigua como es.
Sabes a luna y a sol,
cometa y eclipse, pues
sabes a la astrología,
tan antigua como es.
Sabes a doctrina oculta
y a revelación tal vez.
Sabes al abecedario,
tan antiguo como es.
Sabes a vida y a muerte
y a gloria y a infierno, amén.

INSOMNIOS

I

Víctima soy de un verdugo
que, en las pausas de la noche,
ha dado en palpar las zonas
intimas de mis dolores.

Adelanta el cauteloso
paso sin alzar rumores;
cede la puerta; la estancia
parece que la conoce.

Yo le opongo el corazón
como el escudo se opone,
y abre por el pensamiento
y las imaginaciones.

Usa de mis propias armas,
me ataca con mis mandobles.
No me concede refugio
ni tregua que me conforte.

¿Por qué no me deja exhausto
y no me consume entonces?
¿Para qué me da esperanzas
que al otro día retonen?

¿Qué destino me reserva
para tormentos peores,
si a cada cordel que aprieta
falta voz a mis clamores?

¿Si ya no me quejo, si
ya no tengo municiones;
si ya no imploro siquiera
ni piedades ni perdones!

Afilado el sentimiento
en tanta fatiga y roce,
parece que de mi mismo
quiero huir, y no sé adónde.

¡La mano que me sofoca,
mátame cuando me toque,
y no me dé la limosna
de otro día, de otra noche!

II

¿A qué me convidas, sueño,
sueño de los desvelados,
el de los ojos abiertos,
el de los perdidos pasos?

¿El de fatigar el aire
con las batallas de labro,
motín de puertas adentro
y tempestad en el vaso?

Fabricador de embelecios
que barre el día en su manto;
dolor que yo no he nutrido
y sufro como heredado.

Porque parece que viene
desde el fondo del pasado
acarreo de clamores
y patrimonio de llanto.

¿A qué me convidas, sueño,
sueño de los desvelados
que no entiendes de razones
ni ves más allá de un palmo?

¿Que te quiebras de sutil,
que te ahogas en un charco,
que cada paso que das
es porque cedes un paso?

Pues si no te doy confianza
¿cómo me tienes confiado?
Si cada día te niego
¿por qué de noche te aguanto?

Me enredas y me atolondras
en tus compases de mágico,
aunque yo soy el primero
en reír de tus enfados.

Aquí te doy testimonio
del poco caso que hago
de tus torvas amenazas
y de tu ceño enojado.

¡Vuelve Adán con sus fatigas,
pide mi cuerpo prestado,
y me retuerce en la cama
sumiso y atormentado!

¡Viva la primera luz
y viva el canto del gallo!
¡Voy a enjugarme la frente,
sueño de los desvelados!

III

Una ciudad escondida
debajo de mi almohada,
en las pausas de la noche
labra y bulle, sufre y canta.

Si se escurren por los muros
las cien voces de la casa,
no lo sé;
si, en los engaños del eco,
llegan, de lejos, palabras,
no lo sé.

Pero pienso que germinan
en canteras subterráneas
unas surgentes ocultas,
como unos ríos de almas.

Chorrearán risas sin boca
y gritos que nadie lanza;
suben estremecimientos
y hasta fugitivas ansias.

En vano alargo los brazos
al vuelo de mis fantasmagoras
a la nube de Ictión,
en vano Ictión se abraza.

El amor infatigable
me dice: "Yo soy, aguarda";
pero es un amor más alto
el que me desvela y llama.

Es una onda cordial
que todo lo inunda y cala,
un alivio de la tierra,
una cumplida esperanza.

Una bandera de luces
sobre el mundo se levanta,
una fiesta de los hombres,
una acción que se solaza.

La mano traza en el aire
certezas que al fin alcanza;
laten jubilosos sienes,
cunde una delicia abstracta.

Y la ciudad escondida
debajo de mi almohada
—oh, promesa de los fuertes—
canta y sufre, bulle y labra.

EN LA IMPACIENTE JUVENTUD...

En la impaciente juventud, un día
vale una eternidad por lo que anhela,
por lo que ofrece y por lo que recela,
por lo que aguarda o lo que desconfía.

Acorta el tiempo su horizonte. Cria
su ruta reiterada cada vela.
Se camina tal vez, ya no se vuela.
Al menos, ésta fue la historia mía

Se vuelve soledad la compañía,
porque la soledad colmada vela
el rostro de las cosas, y no fía

sino en tejer y destejer su tela.
Al menos, ésta fue la historia mía,
y todo lo demás fue la novela.

SAN ILDEFONSO

I

Tal vez no fui dichoso, pues contemplo
con dudosa mirada
las cosas del recuerdo,
las calles familiares,
los patios coloniales,
la luz que ríe desde las ventanas,
el cárdeno destello de la tarde
sobre la cresta de los monumentos,
las caras de unos cuantos amigos in-

los libros bajo el brazo,
la pasión y el estudio que llenaban mis
(tentados, horas.

Tal vez no fui dichoso.
Yo era otro, siendo el mismo
yo era el que quiere irse.
Vuelvo a lo que creía ya olvidado,
y la marchita flor dice a mi oído:
"Yo soy. Tú me dijiste que era tuya.
Yo soy, aunque me veas desmayada.
Crecí en el tiesto donde me sembraste.
Haz de mí lo que quieras".
Volver es sollozar. No estoy arrepentido
del ancho mundo. No soy yo quien vuel-
(ve,

sino mis pies esclavos.

Tal vez no soy feliz si me detengo.
A pesar de los hábitos sencillos,
y del quieto reclamo de los libros,
tal vez tengo que andar, andar.
Sólo hay un término en la muerte.
Y en tanto, adios.

II

¿Pero fui yo quien tanto amó y sufrió,
provocando la envidia que al amor no
(perdona
y esa obediencia que la pasión impone
a cuantos, desde lejos, la contemplan?

¿El niño delirante, poseído
de un fuerte dios?
¿El que afrontaba, solo, la crueldad y
(la mofa?
¿El que sólo encontraba algún alivio
en la diaria fatiga de su diario tor-
(mento?

¿Y las lecciones y la matemática
y la filosofía natural
no daban la respuesta al Fausto niño,
perdido entre el enjambre de la sangre!

Tengo piedad de mí. Yo me dormí
con las lágrimas secas
en el largo tranvía de regreso,
cruzaba una alameda
palpitante de bultos enlazados,
y soñaba sin ángel de la guarda,
sabiendo que es azote la caricia,
entrado al mundo por la puerta heroica,
combatiendo con armas no armadas te-
(davia.

De entonces guardo para siempre
la hora solitaria,
desengañado antes del engaño.
—No quiero detenerme. Adios.

III

Cunde una gloria amarilla
de luz en las azoteas,
y abajo hay sangre cuajada
en el vetusto granito
de las fachadas.

Quiebra el aire sus agujas;
nubes que anuncian catástrofe
zurcen y rasgan un cielo
donde hay un azul tan tímido
como un vago anhelo.

Besa un sol horizontal
las cúpulas de colores.
Son mástiles en tormenta
las veletas y las cruces
que se ladean.

Los muros hundidos cargan
unos en otros la espalda:
instante del terremoto,
tarde en que tanto he bogado,
el corazón roto.

¿Que me borren la memoria
o que me lleven a donde
todos los días comienza,
húmeda aún de esperanza,
una vida nueva!

IV

Y aquí vuelvo después de otras pasiones
y otros errores y curiosidades,
para echarme como animal cansado
en el revolcadero de la infancia.

¿Vergüenza de volver y haber vivido,
y este seguir amando todavía,
a pesar de la muerte viva en cada mi-
(nuto!

—Un pájaro cantó: "La tierna rosa
es inmortal, es inmortal", gemía.
Fresca piedad de sombra iba cayendo,
grandeza de la noche mexicana
que arroja en vendas las febriles fren-
(tes.

Un pájaro cantó: "La madre noche
ha de llevarte a otra región", decía.
"Sueña como los árboles inmóviles.
Calla en la gritería de las aves.
Sostén los nidos que te fueron dados,
y mide el universo
desde la mano abierta de tus bondas
raíces".

ALFONSO REYES COMO ENSAYISTA

Por Eduardo LUQUIN

Con Alfonso Reyes, el ensayo cobra en México carta de naturalización. Antes de él, ninguno otro de los escritores mexicanos se ocupó de trabajar uno de los géneros literarios más difíciles. Y no precisamente porque hayan carecido de la cultura e inteligencia indispensables para el cumplimiento de tan ardua labor, sino porque las circunstancias en que nos encontrábamos por los días en que apareció la obra de las figuras más ilustres de la literatura del siglo próximo pasado, exigían que los escritores de aquella hora, se ocuparan y se preocuparan por resolver los problemas que planteaba una situación política angustiosa. Hay que llegar hasta el minuto en que brota el maestro Sierra, para encontrar páginas en que destaca con claridad perfecta, si no el ensayo a la manera de los de Reyes, sí aproximaciones al género, como lo quiere la crítica de alto valor. En las CONVERSACIONES DEL DOMINGO —que sólo por el título recuerdan "Las charlas del lunes", de Saint-Beuve— predomina el tono poético, pero no por ello dejan de ser ensayos, aunque el maestro Sierra les haya llamado conversaciones. En los ensayos de Reyes —a quien el destino llevó al extranjero mientras que en México se producía el gran acontecimiento revolucionario que trastornó la vida de nuestro país—, no resuena el estrépito de la pelea y no porque Reyes se haya mantenido deliberadamente al margen de aquella convulsión brutal y sangrienta, sin importarle la suerte que corriera la familia mexicana, sino, porque él sabe que a la distancia, el juicio o comentario de carácter político, cobra el valor de una lucubración más o menos inteligente y oportuna, pero fría, puesto que no llegan hasta el escritor las llamaradas de la lucha. Una es la actitud del herrero que maneja las tenazas de forjar y otra la del espectador que observa, como a través de un telescopio, con interés apasionado, cómo cambia de forma, de color y de temperatura, la pieza que se halla sobre el yunque.

Trataremos de definir al ensayo. Describamos desde luego la acepción que presenta a tal palabra como equivalente de tentativa. El Diccionario de la Lengua Española nos dice que ensayar significa probar o reconocer una cosa antes de usar de ella. Y más adelante define al ensayo "como un escrito generalmente breve, sin el aparato ni la extensión que requiere un tratado sobre la misma materia". Lejos de impugnar prueba o reconocimiento de una cosa, el ensayo de carácter literario aparece como un armazón de conceptos que frecuentemente se asemeja al silogismo, con sus premisas y sus conclusiones. En el ensayo literario, las cosas ceden su lugar a las representaciones que de ellas nos formamos; por lo que —a menos de que se tracen en él orientaciones de carácter político— no son susceptibles de ser probados, sino a posteriori y no como ensayo, sino por las repercusiones o consecuencias que producen. La brevedad que apunta el Diccionario tampoco podría servirnos para definir el género, pues supone una especie de regla de medir que nunca ha existido. Nadie podría señalar al ensayo, como se señala al soneto, un principio y un fin rígidos e inmutables. Lo único que de la definición en estudio acepto sin restricciones, es la advertencia que descarta el aparato y extensión que requiere un tratado sobre la materia objeto del escrito que se presenta en forma de ensayo. Dejemos pues de lado al venerable Diccionario, que al menos en esta ocasión, no nos sirve para vadear el lecho —hoyado por el frecuente transitar de pensadores ilustres— a lo largo del cual corre tan pronto un agua tumultuosa como un arroyo apacible.

La mayoría de los críticos coinciden en señalar al ensayo como una creación específicamente inglesa. Olvidan o aparentan olvidar que ya en el siglo XIX, Montaigne trazó la caudricula, por decirlo así, de un género que más tarde habría de servir como modelo lo mismo a los ingleses que a los franceses. Tratando de definirlo, la crítica subraya un aspecto: la ironía, como característica del ensayo. Sin embargo, en los de Montaigne no se encuentra ni sombra de ese "humour" que trasciende el ensayo inglés. Los escritos del Alcalde de Burdeos respiran una atmósfera de gravedad que se aproxima mucho más a la discriminación filosófica, que a cualquier otro de los ejercicios de la inteligencia. Uno de los mejores ensayistas ingleses del siglo XIX fue Robert Louis Stevenson, en cuya obra advierto más bien un tono desalentado y hasta melancólico. En la actualidad, Charles Morgan figura a la cabeza de los ensayistas ingleses. Tampoco en los ensayos de éste se advierte la ironía como tono dominante. Si no es la ironía la característica del ensayo, habría que buscarla en otros aspectos. ¿Cabía entonces señalar a la cultura como la peculiaridad distintiva? Tampoco, pues existen miles de hombres cultos, incapaces de escribir un buen ensayo. ¿Una inteligencia extraordinaria, nos conduciría a la definición que buscamos? Sí y no, pues sólo con inteligencia, pero sin la capacidad de presentar un discurso breve y de aliento

universal no es posible producir un buen ensayo. La agudeza o penetración, el precioso don de captar el aspecto o aspectos que suelen pasar inadvertidos para la mayoría de las personas, ¿nos entregaría la clave del secreto? Sólo una parte de él, pues si falta al observador la virtud de saber presentar sus observaciones en forma adecuada, no lograría escribir un ensayo. Podemos pues, decir, que el ensayo brota como producto de una inteligencia extraordinaria, apta para captar acontecimientos minúsculos y extraer de ellos —con el auxilio de una cultura cuidadosamente amasada— una enseñanza o aspecto inédito o para presentar un haz de juicios que no sería posible formular si faltan algunos de los elementos que he mencionado. Si a tales elementos se suma el "humour" de los anglosajones, nos encontraríamos con ensayos o discursos semejantes a los de Chesterton; discursos graciosos, retozones, paradójicos la mayoría de ellos. Pero ocurre con los ensayos de Chesterton, lo que

con la pintura de Toulouse-Lautrec o la de José Clemente Orozco. Si dejáramos de uno y otro, sólo la ironía, contaríamos con una serie de graciosas paradojas en el escritor inglés y con otra serie de caricaturas no menos graciosas, en el pintor mexicano; factores que no lograrían acreditar a ninguno de los dos como lo que realmente fueron: un excelente ensayista el primero y un magnífico pintor el segundo. Como producto de un ensamblaje perfecto de la inteligencia, de la documentación y del ingenio —aunque haya algunos como "La Caida" en el que no se advierte ni la sombra de la ironía— brotan los ensayos de Alfonso Reyes. Al comentar "Arbol de Pólvora", emitía yo la opinión —acaso atrevida— de que muy pocos críticos mexicanos habían descubierto la avispa que hay en Reyes; avispa inofensiva, pero no menos punzante que el dardo que envenena.

Ahora bien, si para algunos críticos la ironía o el ingenio, aparecen como la clave de bóveda del ensayo, ello se debe a la

sonrisa; es decir, a la aptitud para mirar las cosas con ese sentido filosófico que las exhibe como accidentes o circunstancias de una existencia —la nuestra— que bien vista, resulta de muy poco valor, aunque, según la socorrida expresión, se produzcan en el mejor de los mundos posibles.

Conviene, por último, no confundir al ensayo con la exegesis. El escritor que se ocupa de presentar, como los presenta Stefan Zweig y recientemente Jaime Torres Bodet, en "Tres inventores de realidad", a tres o cuatro figuras de la literatura incuriría, a mi juicio, en un error, si pretendiese incluir los libros en que analiza a tales figuras, en la lista de los ensayos. Lo mismo Zweig que Torres Bodet nos presentan análisis finos, penetrantes, atinados, de la vida y obra de Stendhal, de Dostoiévsky, pero no ensayos. Yo me atrevería a presentar al ensayo como un relato filosófico, diálogo o monólogo, cuya esencia se encuentra entre las fronteras del cuento y aquellas otras, de tan difícil acceso, donde florece la filosofía.

Me he limitado a señalar los aspectos propios del ensayo a la manera de los de Alfonso Reyes. En ellos, se advierte una inteligencia extraordinaria, una cultura vastísima, una ironía muy fina, un temblor humano y un aliento universal que los aquilata y acredita. Francamente —dicho sea sin nacionalismos estúpidos— no creo que haya en la América Latina otro ensayista que iguale a Reyes, ni mucho menos que lo supere.

Como reconocimiento de la inteligencia, probidad y constancia con que Reyes ha venido trabajando su obra literaria a lo largo de cincuenta años, EL NACIONAL —centinela de la cultura— resolvió consagrar un número de su Suplemento Dominical —Revista Mexicana de Cultura— a nuestro gran escritor. Ofrezco las páginas que anteceden como el más pobre de los tributos de admiración que se dediquen al ilustre regiomontano.

Alfonso Reyes y la Literatura

SIGUE DE LA PAGINA DOCE

bien busca la emoción de la inteligencia y de la sensibilidad afinada, y a esto se llamó deshumanización a falta de un equivalente mejor..." —escribe Reyes.

Nos quedamos pues con un aserto: el asunto literario es aquel que versa sobre la experiencia general humana, y el asunto no-literario es el que procede de una experiencia también humana, pero no general.

Ahora bien, desde el punto de vista del crítico, se ha discutido en estos últimos tiempos cuál debe ser el criterio para juzgar las obras literarias. Se ha dicho por una parte que la única tabla de valores aplicable es la que tiene relación con la pura literatura, y por otro lado se afirma que es imprescindible atender también a otras consideraciones, como las de carácter político, las de naturaleza sociológica o las de índole filosófica. Reyes distingue con pulcritud entre la literatura y la no-literatura. Ya hecho el discrimen entre una y otra, ¿cuál sería su posición ante el problema del crítico? ¿Es posible que la crítica literaria verse solamente sobre lo estrictamente literario que halla en una obra? ¿O se permitirá incursiones en los otros componentes, cuando aparezcan en un caso dado?

Creemos que la frase "experiencia general humana" —punto de partida para determinar qué es la literatura en puridad— debe ser objeto de una atención muy cuidadosa. Porque esa experiencia general puede ser matizada con tonos de sociología o de política, por ejemplo, sin perder por ello su generalidad, es decir, sin caer en el particularismo. Lo malo es que sean confundidas estas obras en que un hombre, como hombre, nos muestra literariamente una parte medular de la vida, con las otras, en que bajo disfraz literario un político o un científico, o un filósofo, nos enseña una provincia de sus dominios, y aun nos invita a ingresar en ellos. Creemos que la obra literaria puede ser incluso militante, adscrita a alguna tesis, sin perder su naturaleza. Pero creemos también que entre líneas, como un aliento imprescindible, debe filtrarse el soplo de lo humano, de lo humano sin más, inmediato.

Pero el crítico literario debe atenerse a los valores de la mera literatura, aunque sin descuidar los otros. "(El juicio literario)... Sitúa la obra en el cuadro de todos los valores humanos, culturales, literarios y hasta cierto punto, religiosos, filosóficos, morales, políticos y educativos, según corresponda en cada caso —dice Reyes—; pero ha de enfocar de preferencia el valor literario —si es que ha de ser juicio literario— y considerar los valores extra-literarios como subordinados a la estética".

Esta proposición es evidentemente sana. No induce a la torre de marfil, porque toma en cuenta los ingredientes extra-literarios de la obra; pero preserva al juicio crítico de las deformaciones a que se llega cuando sobrevienen desviaciones de mira.

Tengo en México un Amigo

Por Joaquín GARCIA MONGE

A don Alfonso Reyes —mi don Alfonso, como le digo—, me refiero; en él pienso. Tengo por él la mayor devoción.

En 1917, en uno de los tomitos de El Conviv, tuve el gusto de hacerle la primera edición de su preciosa Visión de Anáhuac. Don Alfonso lo cita en sus informes bibliográficos. Desde entonces nos hicimos amigos, hasta hoy. Me conmueve su modo constante y cordial de ser amigo. Aparto los libros suyos que de él he recibido, y ya pasan de cincuenta. Las dedicatorias que me les ha puesto me reaniman, me consuelan. Me llama "coordinador de América". En la página 27 de Reloj de Sol (1926) me cita honrosamente.

Las gracias le doy a don Alfonso, en estos días en que sus admiradores celebramos sus bodas de oro como escritor.

A ver cómo recojo algunos rasgos ejemplares que lo señalan como uno de los guías espirituales en nuestra América.

Leer los libros de don Alfonso es como conversar con él. Hay sobriedad, sencillez, aguda percepción de lo cómico; amenidad, galanura de estilo y riqueza de ideas.

"Un hombre que todos los días descubre más cosas que aprender".

"Yo era un hombre de libros, hombre para estudio recogido, para el retraining de las musas bibliotecarias".

Lector asiduo y reflexivo, su ideario es abundante, sabroso, aprovechado.

Su acierto en las citas: son como sus huellas. Con qué habilidad ata su saber propio con lo ajeno. Cómo mueve a los lectores a buscar los libros que aprueba y aplaude. (El caso de Talleyrand).

Acogedor, curioso, y tan sagaz en sus apreciaciones. Recuerdo lo bien que opinó de los Programas de Educación Primaria (Urbanos y Rurales) de nuestro R. Brenes Mesén, 1918, San José de Costa Rica.

Señalamos el interés de don Alfonso por la educación en nuestra América.

"La grata y fiel compañía de los libros".

"El bibliotecario que hay en mi corazón". (Andamos juntos, mi don Alfonso).

De su obra dice: "desperdigada".

Superior en los estudios literarios. Atento en todas sus obras a las tradiciones hispánicas. (Buen ejemplo). Muy erudito en Literatura Española "Estudiar los clásicos de mi lengua" (1909-10).

"Todo conocimiento está en marcha" (rectificaciones y adiciones). Cómo estudia, cómo ata lo viejo con lo nuevo.

Uno de sus libros de mayores dimensiones: Sirtes. Tezontle, México, 1949.

Su primer libro: Cuestiones estéticas (1911).

Cómo explora la sabiduría griega: La crítica en la edad ateniense (600 a 300 A. C.), México, 1941. Junta de Sombras. México, 1949.

"Entregado al estudio de los griegos".

"...desde 1906 los estudios helénicos andan".

"Hay que contemplar la antigüedad con ojos vivos y alma de hombres".

Mente "fertilizada" por la cultura griega, la de don Alfonso.

Desde los veinte años: La orientación ética tan americana de A. R.

"A Nervo nunca le faltaba su recóndito dulzor de humorismo". (El buen humor de don Alfonso).

En los demás alaba, o saborea, lo bueno que hay en él.

De Rodó dice: "A él debemos algunos la noción exacta de la fraternidad americana".

México en su América (Chile, Brasil, Argentina...) Es uno de los intelectuales hispanoamericanos que nos acercan. (Sus cartas, sus artículos, sus libros).

Frecuencia con que apelan al testimonio de A. R. los escritores hispanoamericanos.

Su afinidad con Goethe.

Erudito de sí mismo y de los otros.

"Más de una vez me vi en el trance de invocar la palabra que a todos nos pusera de acuerdo: América, cifra de nuestros continuos desvelos".

"Sin duda os habéis acordado de que llevo muchos años combatiendo como el último soldado en los empeños de la inteligencia americana. Y entiendo aquí por inteligencia el mutuo conocimiento, base única de toda concordia".

Del indio: "Un activo deber y una fuerza de esperanza".

El testimonio de Darío (su sabiduría) es frecuente en A. R. (Los trabajos y los días, 1934-1944. México, D. F., 1945).

En Alfonso Reyes: su bondad sonriente, su cortésia, su despierto ingenio, su clara cordialidad. Su suave y discreta gracia del lenguaje.

"Periodista con mano limpia y corazón valiente".

Batalla por la libertad del hombre. "Puedo me soy".

Conciencia de sí mismo en Alfonso Reyes. Vivir para un afán seguro como el imán de la Brújula y el Norte.

Reyes vigilante y orientado, como Pedro Henríquez Ureña. (Tienen brújula y saben adónde van).

El testimonio de Gabriela Mistral. Recordemos: Por Costa Rica pasó Gabriela Mistral en 1931. La atendimos. En la Escuela Normal de Costa Rica, en Heredia, los jóvenes de ambos sexos de más edad, en rueda escucharon sus indicaciones acerca de una posible pedagogía teresiana que concibe para nuestra América. Les recomendó una lectura cuidadosa, reflexiva, de los escritos famosos de Montaigne y de Santa Teresa de Ávila. En ellos, buscar la inspiración de tal pedagogía. Gabriela les citó entonces el nombre de Alfonso Reyes, su caso singular de hombre culto en nuestra América. Les habló de intelectuales así, como posibles conductores y conductoras espirituales en estas patrias desorientadas.

Es característico el liberalismo de don Alfonso, comprensivo de las opiniones ajenas, tolerante, sin miedo a las ideas. Liberales y educadores con virtudes así, ya son raros, nos hacen falta en América y en el mundo. A la vista, pueblos diversos en dos bandos: o conmigo o contra mí. Y no se entienden, por desgracia.

Don Alfonso Reyes predica la cordialidad entre los hombres, guerra santa contra la incompreensión, que es la fuente de la discordia.

"Los amigos que el tiempo me roba; esos traen dolor y desmedro. Los años, no".

"...a mí, hombre acaso nacido para la amistad".

Se define don Alfonso: "No hay como el poder y amor cuando se juntan y acuerdan; es decir, la fuerza amorosa, el anhelo de creación en el bien".

Como en la Palestra: Amistad y Diálogo. —San José, Costa Rica, julio de 1955.



Dibujo de Jesús Escobedo.

Varón Humanísimo

Por Mariano PICON-SALAS

"Varón humanísimo" llamaba siempre a Linneo en pulidas cartas latinas que antes fueron escritas en Castellano neo-clásico, no carente de emoción y sensibilidad literaria, don José Celestino Mutis el gran naturalista del siglo XVIII, quien desde los más varios lugares de la Nueva Granada y de tan pintorescas toponimias como Cácuta de Surata y Parroquia de Bocanema, informaba al sabio sueco de sus hallazgos botánicos y discutía con él sobre las "chinchonas" y "jacquinias". El descubrimiento de cierta especie de begonia en las florestas de clima frío que bordean el Tequendama, motivó una epístola de pulcra belleza, y la planta que Linneo clasificará como "begonia ferruginea" en la página 419 de su "Supplementum" es celebrada como una nueva constelación. Las cartas de Mutis reunidas en excelente "Archivo Epistolar" por el erudito colombiano Guillermo Hernández de Alba (Bogotá, Imprenta Nacional, 1947) constituyen un regalo de la mejor prosa didáctica en español —ninguna otra puede superarla en elegancia y fluidez en el siglo XVIII— y un ejemplo moral de cómo ni el desierto americano, ni el rigor de los caminos, los hospedajes y los climas impedían a un sabio y un humanista semejante persistir en su trabajo explorador ni vencer su optimismo sobre los bienes que la mal conocida América deparaba al mundo. La idea de servicio y comunicación universal de los espíritus era un tema insistente de sus cartas a Linneo. A veces esta correspondencia y la que Mutis mantenía, simultáneamente, con su Majestad Carlos III, con el Virrey, el Arzobispo y con el Barón de Humboldt, a comienzos del siglo XIX, se interrumpe porque los ríos están muy crecidos, no ha llegado el "propio" que lleva los papeles a la ciudad, o se sublevaron —como en la revuelta de los "Comuneros"— indios y contribuyentes, o uno de sus discípulos, Francisco Antonio Zea, fue sometido a proceso por peligrosas actividades conspirativas. Se avecina una revolución en la América Española, y el mantenerse sereno y defender a sus colaboradores entre el peligro y fragor de los tiempos, es otra de las lecciones de ponderado maestro.

Evoco los saludos de Mutis a Linneo, al referirme a la obra de Alfonso Reyes a quien universidades, lectores y admiradores de todo el Continente agasajarán este año con motivo de sus bodas de oro con la Literatura. Y quizás no hay en las letras de América nombre que merezca mejor el epíteto de "Varón humanísimo" como este gran mexicano en quien la perfección de la forma coincide con una estética superior del espíritu. Va de adentro hacia afuera y viste de gracia comunicativa lo que primero fue profundo y entrañable. En una Literatura frecuentemente desigual, violenta, discontinua, como la hispano-americana Reyes mantuvo siempre su "sofrosine" y ofreció su comprensiva "caridad" en el sentido etimológico de la palabra. El gran humanista y escritor padeció como el sabio Mutis la presión de una época tormentosa; a veces alguno de sus compatriotas le llamó demasiado "internacional y extranjero" y su moderación y ecuanimidad nunca quebrantaron la justeza en la actitud y el cortés sosiego del estilo. Nadie tampoco entre sus contemporáneos se ha preocupado no sólo del valor artístico de la palabra, sino de lo que importa más: su significado ético y su casi peligrosa función sociológica. Con buenas palabras Alfonso Reyes siempre nos brindó deleitosas y buenas razones, y la política, la demagogia, el oportunismo no lo desviaron de aquella función casi sacramental de administrar el verbo. Semántica, Estética y Mo-

ral coinciden en platónico equilibrio en la continua búsqueda e inesperada definición de sus tratados y ensayos. Prosa que como la de Santayana en lengua inglesa, recuerda en Español la estructura musical y plástica del "Banquete".

Caridad según el Diccionario es no sólo virtud teologal de amar a Dios y al prójimo, opuesta a la envidia y la animadversión, sino también limosna y auxilio que se presta a los necesitados, refresco que en ciertos lugares de romería confortaba a los caminantes; agasajo con ocasión de honrar a los difuntos, y en un país de tanta y misteriosa riqueza semántica como México, hasta el alimento y la dádiva que se lleva a los presos en días de visita. Y metafóricamente podemos decir que todas estas formas de Caridad, caridad como amor, enseñanza y refresco —pues nada "desaltera" mejor que la buena prosa— nos las ofrece la obra de Reyes. Es el prosista más significativo y de más universal intención que dio el postmodernismo hispanoamericano, el hombre en quien culmina una revolución lingüística y que anuncia, al mismo tiempo, otro clasicismo. Espíritu conciliador como lo fue en el siglo don Andrés Bello, aunque la prosa de Reyes alcance una dimensión de gracia, agudeza inventora y trabajo artístico que no fue nunca el propósito del humanista venezolano. Además Reyes vive en una época en que los conocimientos están más compartidos y repartidos que en la de Bello, y a pesar de su infinita curiosidad y de estudios tan extensos y sólidos como "El deslinde" (prolegómenos a la teoría literaria), es lo interpretativo sobre lo didáctico lo que prevalece en su obra. Desde que comienza a escribir, el Español logra en su pluma una madurez y plenitud, moderada y reorganizada ya por una nueva voluntad clásica. En la primera línea de los prosistas hispanos del siglo XX y en la varia familia estilística que va de Azorín a Ortega y Gasset, está la de Alfonso Reyes en quien los gustadores del estilo pudieran definir otras muy depuradas esencias. Las conquistas impresionistas y sensacionistas que consiguió el idioma en las vísperas del presente siglo, se perfeccionan en él con mayor rigor conceptual; hace el viaje de ida y regreso a los clásicos, interpreta a Gracián y a Quevedo y extraerá poesía hasta de la más austera noticia filológica; traduce los ensayistas ingleses que también contribuyen al humor de su estilo, y se mete en el misterio de la poética mallarmiana. Le interesan, desde temprano, las grandes aventuras e hipótesis de la Física moderna y hace en escolios impecables las primeras síntesis de los libros que están agitando la conciencia occidental en el presente siglo: Husserl y la Fenomenología; Dilthey y su historicismo, Spengler o Toynbee. Peripecias y explicaciones demasiado grandes para cualquier espíritu, si no estuvieran equilibradas o neutralizadas por su congénita moderación y aún por su humorismo. Una cortesía que parece típicamente mexicana pule todo exceso, asordina toda violencia. Es —como en la prosa del Inca Garcilaso o en el teatro de Alarcón— una nota casi mestiza frente al diapasón demasiado alto de la prosa española. Grandes escritores peninsulares como Unamuno y Ortega y Gasset parecen con frecuencia reconvenir al lector, sermonearle o tirarle de las orejas; Alfonso Reyes les ofrece, en cambio, una buena silla para que trans-

curra el coloquio. Su prosa no es regaño, sino confidencia amigable. Y siendo tan universal, hay hasta en sus travesuras de humanista, en muchas notas y apuntes que parecen hechos de la nada y son sus minutos de juego frente a sus horas de meditación, un primor casi indígena como el de los decoradores de lacas y cerámica en su artesanísimo pueblo mexicano. Con gracia para expresar el detalle y subrayar todo matiz, ha escrito páginas que como la encantadora "Visión de Anáhuac" pudiera delegar la prosa española junto a los "Trois Contes" de Flaubert en la prosa francesa. Con la "Leyenda de San Julián el hospitalario", emularía aquella descripción de Reyes en una escuela para formar prosistas.

Pero no es sólo su virtud de sabiduría y estilo la que le hace "Varón humanísimo" sino la intención y mensaje que impregna desde sus obras eruditas hasta sus más libres ensayos. A cierta casa de la Avenida Industria en la ciudad de México, como antes a las Embajadas mexicanas en París, Río y Buenos Aires, acudieron siempre los escritores de América en busca de su sutilísima percepción crítica, su refinada erudición, su ánimo de concordia. Y esta última virtud que ya invocaba Juan Luis Vives en el encrespado fragor de su tiempo, parece aún más necesaria en un continente escindido por violencias políticas y discontinuidad en la Cultura, como nuestro mundo hispanoamericano. Además, en la convulsionada experiencia que ha sufrido el arte mundial en las últimas décadas, en el continuo cambio de estilos y extrema tensión de las corrientes filosóficas y de las ideologías, pocos como Reyes lograron el milagro de mantenerse "muy antiguos y muy modernos" y templar los fanatismos con un doble ejemplo de comprensión y sosiego. La polémica que cada escritor de América sostenía en su propio país y ante su propia circunstancia se complicaba con la polémica universal, y era necesario haber aprendido primero la Ética en Spinoza y las Humanidades en los grandes poetas y filósofos, inalterables, para no dejarse arrastrar por los contrarios torbellinos que parecían arrancar de cuajo nuestro subsuelo histórico. Así el esteta y el crítico que comenzó siendo Alfonso Reyes, debió avanzar —yo diría que por necesidad antropológica— a otros territorios de la Cultura en los que el hombre aspira a más firme fundación, como la Filosofía y la Historia. De temas históricos fueron nuestros últimos diálogos, ya que todo lo que el hombre padece y el impacto que en él clava la realidad, su "dolor cósmico", se traduce en Poesía, Filosofía e Historia. El nuevo Fausto no quiere extraviarse en la aventura, ni aun rejuvenecer al calor de las muchachas bonitas, sino salvar, siquiera, la integridad de su ser.

Ahora pienso que como en aquella biblioteca de la Avenida Industria donde Alfonso Reyes almacenó tan pulcramente la cosecha de su vida, y donde las escaleras, los cuadros, y los tapices parecen separar épocas, escuelas y grandes nombres, el sumo papel que ha desempeñado en la cultura americana de nuestros días es de un clarificador, de un intérprete, de un ordenador. Aplicar la síntesis a una inmensa masa de hechos y destilar la verdad y la norma dentro de lo confuso, es su oficio de intelectual. Como en el más extenso y documentado de sus libros, la época necesita "deslinde". El

gusto por la "legalidad de las cosas" lo llevó a profundizar en la vida griega como la primera cultura que salvó al hombre del miedo y del caos de la naturaleza y sometió todo a ley y a ritmo. Encontrarlo hasta en lo aparentemente más arbitrario ha sido afán suyo que puede hacer una teoría del lenguaje poético autónoma, como en su descubrimiento y definición de las "jitanjáforas". Frente al turbulento océano de hechos contrapuestos y contradictorios que colma la obra de otros, este ordenador prefiere concentrar las esencias. Quienes por demagogia política —tan frecuente en nuestros países— llegaron a decir que no era bastante mexicano por ser tan universal, olvidaban que se revela más sobre México en tan sustanciosos ensayos como los de "Pasado inmediato", "Méjico en una nuez" o "El testimonio de Juan Peña" que lo que podría abultarse en los más profusos librotos. No es culpa suya que él logre expresar en pocas páginas lo que en otros exigiría quinientas, y que aun su visión de México no sea la populachera y bizarra que se lleva a la feria o el mercado político, sino la que se alcanza largamente en la conciencia.

De semejante actitud se desprende aquella fórmula y programa que Alfonso Reyes enunció alguna vez, y que sintetizaba en la frase de "aseo de América". Es decir, no llegabamos a la Cultura por la simple acumulación de datos y noticias, por mezclar todo en cierto tonel de las Danaides de la vida intelectual, sino por un proceso de limpieza, ordenamiento y selección. La selva y el instinto suelto nos rodeaban por todas partes y el buen educador debía llevar tijeras de jardinero. El estilo no es cualidad ni ornamento adjetivo, sino como en la prosa platónica, resultado de la coherencia y la efusión interior. Como en la Mitología griega después que se había luchado con los titanes, era preciso proceder al ordenamiento de nuestro cosmos social. Que la decantada "juventud de América" no sirviera de justificación a la pereza y el desorden. El aseo de América era también la suma clara y el preciso balance de las corrientes, ideas y nombres que configuran nuestra vida histórica. Y como en Menéndez Pelayo pero con más alacridad y universalismo, el gran crítico ensayista que hay en Alfonso Reyes ha tenido que llegar por ese camino definidor, a la Historia y la Filosofía. Es en este plano que supera lo accidental para buscar lo constante, cuando se opera la conciliación de la guerra civil de dogmas, prejuicios y sectas que sufre el pensamiento de nuestros días. Porque si ningún escritor puede eludir el deber ciudadano de luchar políticamente por lo que cree justo, en cuanto hombre de pensamiento necesita superar lo anecdótico y circunstancial de la contienda. Y lo ejemplar de Reyes sin haber dejado de ser una liberal de diáfana conducta o quizás un socialista platónico; sin negarse a la justicia que su desgarrado pueblo buscase en la revolución, es traspasar lo episódico para inquirir también por esa alta y difícil conciliación. Si el resto de los hombres están sumidos en la cólera, ¿no ha de pedirse a los intelectuales que se mantengan serenos? Y el mal jacobino no se ocuparía de San Juan de la Cruz o de Calderón porque fueron sacerdotes, como el mal reaccionario expulsaría de la Historia literaria a Galdós, Unamuno o Antonio Machado. La quema del hereje o la beatificación de lo convencional y fíofo que puede existir tanto a la derecha como a la izquierda, expresa el inesperado retoñar del fanatismo de nuestros días. Así, por el espíritu de secta, cada uno con las aspas sueltas de sus pasiones quiere moler para el

SIGUE EN LA PAGINA QUINCE

La Prosa de Alfonso Reyes

Por E. ABREU GOMEZ

El tratado, como género escrito, tiene muchos trazos que no concuerdan con los del ensayo. El primero es una edificación maciza, para la cual ha cuidado el constructor de que no haya parte que no descanse en buenos cimientos, y que no haya masa que no colabore con las demás en la consecución de un fin común. El segundo es una estructura más ligera, en que es permisible cierta "gratuidad", esto es, cierto desperdicio de materiales. El ensayista dispone de mayor holgura que el tratadista, porque nadie ha de reprocharle su abandono de la línea central —del tema— y su excursión por comarcas adyacentes. En el tratado hay que probar lo que se dice, y en el ensayo no existe tal obligación, si bien los buenos ensayistas guardan, en algún lugar del gabinete, las pruebas que no ponen explícitamente en sus trabajos.

Don Alfonso Reyes es un magnífico autor de ensayos. Sus libros como *El suicida*, *Los siete sobre Deva*, *El cazador o Visión de Aráhuac* dan prueba de ello. Posee don Alfonso el don de la agilidad —que en literatura equivale a la amenidad—; y posee la ciencia de disimular la ticsura de algunos asuntos, vistiéndolos con ropaje verbal como aéreo y muy amplio. Dice las cosas más graves como si se refiriese a cuestiones de poca monta, de suerte que el lector soporta sin fatiga esas cargas. Pero el arte consiste en que, disfrazados de livianos, los temas de Reyes no pierden sin embargo su contextura originaria; siguen siendo temas importantes, aunque él nos los ofrezca —y nosotros los aprovechemos— de la misma manera que se ofrece —y se aprovecha— una disertación baladí. Es decir que don Alfonso, como debe hacerlo el buen ensayista, tiene la receta para dar liebre por gato. Lo trascendente por lo intrascendente. Lo más denso y pino de que puede ocuparse el hombre, como si fuera lo más claro y llano.

Pero Reyes ha cubierto con su obra regiones muy extensas del área literaria. Es ensayista lo mismo que poeta, y su erudición le permite trabajos de filólogo, de historiador, de sociólogo. Su gestión literaria ha inquietado las aguas de todos los estanques. Las cantadoras del verso, las hondas del estudio monográfico, y las quietas, profundísimas aguas del tratado propiamente dicho. En este apunte vamos a ocuparnos de uno de los ángulos de don Alfonso en tanto que tratadista.

:: :: ::

Alfonso Reyes es, sin duda, uno de los escritores mexicanos que han logrado más prestigio internacional. Algunos le tienen por el más erudito de los críticos. Otros prefieren enaltecer su producción poética. Y otros más dan primacía a sus ensayos y a sus crónicas. Sin desconocer todos estos méritos yo prefiero —cosa muy personal— su maestría en el manejo de la prosa. Para mí, Alfonso Reyes y Martín Luis Guzmán son los mejores prosistas de nuestra literatura contemporánea. (De la prosa de este último me he ocupado dos veces; una vez hablé de su estilo en la revista *Ruta* y otra vez en la revista *Hispania*).

Cuando Alfonso Reyes empezó a escribir, el modernismo estaba todavía en su apogeo. Vivían casi todos sus más altos representantes, tanto en España como en América. En España y en América se escribía una prosa nueva, so pretexto de querer aliviarla del peso académico que venía dominando desde fines del siglo XIX.

Esta prosa modernista —por razones que no viene a cuenta precisar aquí— mostró dos formas igualmente retóricas: una se vistió de arcaísmos y otra de preciosidades. Con ambos modos sus cultivadores cobraron fama de estilistas en muchos sectores de nuestra literatura y su mal ejemplo aún hace estragos entre la gente novata y también, da pena decirlo, entre la gente caduca. Al lado de estos extravíos, algunos escritores tomaron distinta actitud. Supieron reaccionar contra tales errores. Fueron pocos pero fueron los que, a la postre, ganaron la batalla de la justa renovación de la prosa. Me refiero a Azorín, a Baroja, a Machado y a Valle Inclán.

Pero este deslinde de valores sólo hoy lo podemos ver claro. Ayer todos corrieron el peligro de extraviarse en aquel laberinto. Faltaba perspectiva para distinguir, al primer golpe de vista, dónde estaba el oro y dónde el mero brillo.

En medio de aquel mundo confuso y del cual era difícil huir, aparecen los primeros libros de Alfonso Reyes. El peligro que corrió sin duda fue grande. Los modelos falsos y los modelos verdaderos brillaban lo mismo. Había que distinguir las luces de los reflejos, las voces de los ecos. Reyes supo encontrar su camino. Su intuición y su talento lo mantuvieron a salvo del contagio de aquella falsa literatura y lo empujaron a la orilla donde navegaban los mejores. Y así nos dio una prosa que, desde un principio, fue derecho a la conquista de una expresión clara, limpia y natural. Su prosa, de paso, nos hace pensar en el problema, no siempre esclarecido, relacionado con los estilos. La cosa es vieja pero, no está de más recordarla. Podríamos distinguir tres estilos: el estilo que radica exclusivamente en la forma; el estilo que supone una actitud del escritor en la cual están vinculados su ser, su psicología, su gusto, su concepto de la vida, en una palabra, su personalidad; y el estilo del idioma mismo. Porque hay que traerlo a cuento: los idiomas también tienen su estilo. Y éste no puede cambiarse a voluntad puesto que es parte de la raíz misma del pueblo. La técnica de este estilo ha sido explicada con precisión científica. El castellano por ejemplo, tiene un ritmo, una entonación y otras particularidades que le dan fisonomía inconfundible. Y nada puede hacerse para soslayarla o para alterarla porque, ya está dicho, descansa en algo propio e intransferible del pueblo.

¿Y cuál fue la actitud de Reyes con respecto a este problema de los estilos? En primer lugar, por fortuna, Reyes no quiso tener un estilo propio. Gran lucidez. Reyes no tiene estilo, por la misma razón que no lo tuvieron ni Cervantes, ni Larra, ni Baroja. El estilo de Reyes es el estilo que corresponde a su actitud interna; es pues el estilo de su personalidad. Y este estilo total tiene además la extraordinaria cualidad de ser lo suficientemente claro para dejar ver, en su pureza, la pureza del estilo del idioma mismo.

Pocos escritores contemporáneos han logrado semejante virtud. Cuando se lee a Alfonso Reyes, no se sabe en qué consiste ni su gracia ni su ritmo ni su encanto. Se cierra el libro y se queda uno como regustando sus valores, pero ni podemos definirlos ni acercarnos a comprender su mecanismo. Su prosa está ahí presente y recatada, cumpliendo con el mandato de Fernández de Andrada: no la note nadie que la vea.

centro a interrogar mi imagen del mundo".

Este impulso de autoinspección es pues el que lleva la mano del autor, por las páginas de *El Deslinde*. Ahora bien, no se trata, en ninguna medida, de un libro personal, es decir, poco objetivo. Objetivo lo es, como todo los buenos tratados. Lleno de apreciaciones sólidas, calculado, hecho para poner orden en una serie de ideas. Después de las expresiones del prólogo, la voz de don Alfonso no vuelve a sonar en plan de confidencia. Se va en busca de lo que es la literatura, o, más bien dicho, de lo que no es literatura. Va a dibujar la silueta de lo literato, sobre el fondo, de color distinto, de las comarcas vecinas, que suelen comunicarse algunas veces con nuestro terreno, pero que no por ello adquieren rango parecido al de éste.

Puede ser sopesada la magnitud de la empresa, con sólo que se reflexione un poco acerca de estas provincias limítrofes. La literatura yace junto a otros menesteres y oficios del espíritu, como el de la ciencia, el de la filosofía, el de la historia. Cada una de estas disciplinas vierte un tanto de su contenido en el vaso de las letras, y a su vez recibe de éstas algunos servicios. Hay pues préstamos que van de lo literario hacia lo no-literario, y otros que llevan la dirección contraria, de lo no-literario hacia lo literario.

El deslinde consiste en consecuencia en diferenciar, teóricamente, aquello que es propio nada más de las letras, de aquello otro que procede de diferentes zonas.

No es nuestro propósito ahora hacer un resumen del libro. Descubriremos el Mediterráneo a cada línea (impresión que ya tenemos por lo que llevamos escrito), y además nuestra síntesis resultaría harta esquemática e incompleta. Hay demasiado material, y demasiadas sutilezas, en el texto de Reyes, como para caer sin deterioros en los límites de un artículo. Nos interesa de manera especial la idea de Reyes acerca de la "Literatura en pureza", y de "lo humano" en arte —y desde luego en literatura (*El Deslinde*, Primera Parte, párrafos 11 y 12).

Dice don Alfonso que "Todos admiten que la literatura es un ejercicio mental que se reduce a: a) una manera de expresar b) asuntos de cierta índole. Sin cierta expresión no hay literatura, sino materiales para la literatura. Sin cierta índole de asuntos no hay literatura en pureza, sino literatura aplicada a asuntos ajenos, literatura como servicio o ancilar". Esta primera afirmación es ya de por sí luminosa.

ALFONSO REYES Y LA LITERATURA

Por Salvador REYES NEVARES

La materia de sus tratados es la literatura misma. El hombre de letras vuelve en un punto la mirada hacia su propio ministerio, y se pone a reflexionar sobre la naturaleza de ese fenómeno que él ha sentido producirse en su interior; que él ha provocado tantas veces, al sentarse delante de la máquina, y llenar las cuartillas con cosas imaginarias, con opiniones en torno a cosas ciertas, con expresiones de lo que siente su espíritu frente a recuerdos, proyectos y presencias.

¿Qué es la literatura? Tal es la cuestión que produce el tratado más célebre de Reyes (*El Deslinde*). Habla un literato. Lleva acumulada una larga experiencia en estas lides, y siente la necesidad de someter a una medida intelectual eso que ha hecho, y que ha visto en sus tratos con escritores del presente y de otros tiempos. En definitiva, lo que Reyes analiza al estudiar la literatura es su propio ser —el de don Alfonso—; porque el ser de un hombre de letras está en las letras mismas. En rigor, no se concibe al individuo desarticulado respecto a su propia manera de existir. No hay un individuo en sí, por una parte, y por otra un profesional que ejerza adjetivamente sus facultades. Las profesiones adjetivas casi no son profesiones, puesto que no han sido tomadas por el sujeto con un interés cabal. No se las profesa, sino que, todo lo más, se las utiliza. Las tareas verdaderamente entrañables —como la de escribir— absorben íntegramente a quien las desempeña. Esta absorción es tan perfecta, que no cabe hablar más tarde de Fulano de Tal como "particular" y del mismo Fulano de Tal como literato. El uno es inexplicable siempre sin el otro.

Reyes conoce esta verdad. En el prólogo a este libro de ciencia —riguroso libro de ciencia— que es *El Deslinde*, dice el maestro: "...de paso también se me dio el estímulo para emprender esta investigación retrospectiva del propio itinerario, que es un imperioso reclamo de la conciencia; para poner un poco de orden en los hacendillos dispersos de una obra siempre desarticulada por una existencia de viajero". Don Alfonso, al examinar los caminos que ha andado, traza su biografía, y dibuja también su perfil como hombre. La pregunta que busca el ser de la literatura es, en cierta manera, una pregunta que va en pos de la imagen del mismo literato que la enuncia. "...antes de que octubre me invada —añade Reyes en el mismo prólogo— tomo la ocasión por los cabellos, como se dice en buen román paladino, y me con-

Se trata de aislar el elemento literario, para dejarlo limpio de adherencias ajenas. Se plantea el problema de saber, siquiera sea como una primera aproximación en el análisis, qué es eso que llamamos puramente literario. Es decir, se trata de averiguar qué peculiar manera de expresión es esa que conviene típicamente a la literatura, y cuáles asuntos son los que ocupan al literato, cuando éste actúa meramente como tal. Don Alfonso contesta que la expresión depende de la intención del autor, y del asunto. En cuanto a éste, es propiamente literario cuando "se refiere a la experiencia pura, a la general experiencia humana".

Esto de la general experiencia humana es lo que nos parece más importante. Resulta así que el criterio para identificar la obra literaria es el de su orientación hacia lo total del hombre, o, para decirlo más exactamente, hacia lo que el hombre vive por virtud de su sola calidad humana. Planteado el problema en estos términos de generalidad, quedan excluidos del campo literario los asuntos en que no se da testimonio de una experiencia "general", sino de una experiencia "particular", reservada a ciertos hombres, en razón de las ocupaciones de éstos, de sus gestiones peculiares en el campo de la ciencia, de la meditación o de la práctica. "La literatura expresa al hombre en cuanto es humano —dice Reyes. La no-literatura, en cuanto es teólogo, filósofo, cuentista, historiador, estadista, político, técnico, etc."

Claro es que en las voces de estos especialistas hay vetas literarias. Hay maneras oriundas del campo de la literatura. Pero en sus expresiones siempre será posible percibir la mezcla, es decir, la coexistencia de una manera literaria y de un asunto que no lo es.

En la palabra "humano", tal como la emplea don Alfonso, cabe incluso el concepto de "deshumano" que Ortega y Gasset señaló en su célebre opúsculo. La literatura —como todo lo que es arte— no es capaz de vaciarse de todo contenido relativo al hombre. No se habla de inhumanización del arte, sino de deshumanización. Y Reyes observa que aun este último vocablo no fue utilizado por Ortega sino con un sentido equivalente al de "desentimentación". Es decir, se alude a los afanes intelectualistas de ciertos creadores contemporáneos. Al prescindir de lo sentimental, estos creadores se dirigieron a la inteligencia del público. "El arte llamado deshumano más



Dibujo de Mariana.

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

UNIVERSALIDAD DE ALFONSO REYES

Por Jorge MAÑACH

Parece un poco tonto celebrarle la inteligencia a un escritor. Se convendrá, sin embargo, en que hay muchos escritores, y aun eximios, en quienes el talento, especie de voluntad del espíritu, no corre parejas con el poder de hacerse cargo, que parece ser más bien cosa de sensibilidad mental. Lo primero de la inteligencia es el atender, el no distraerse, tan frecuente en los sabios, y luego el entender, el inter ligare, el verles a las cosas, sobre lo evidente que a tantos ya escapa, las relaciones que tienen en su contextura y con las demás cosas. En Reyes, al lado del talento, la inteligencia es reina consorte, y acaso aún más soberana... Tiene la vigilia más alerta y, por tanto, "enterada" que se pueda conocer, y quien haya conversado con él una sola vez, aunque no haya leído sus libros, guardará ya para siempre el recuerdo de una penetración ágil y sutil que parece estar en todos los secretos.

Al propio Reyes, que no es vano, pero tampoco cultiva la modestia, debemos este testimonio de Unamuno: "La inteligencia de Reyes es una función de su bondad". No sé cómo explicaría el gran vasco ese juicio profundo, mas creo verle su razón. Para atender tanto a las cosas y entenderlas, es preciso antes interesarse por ellas. Mucha ininteligencia procede de la hurañez, del egoísmo. La bondad de Reyes —que es sobre todo sociabilidad, cordialidad, generosidad, amistad— le facilita su atención incansable, su capacidad para ser penetrado, inter-esado por todo: su entender —de (ser sabedor de cosas, ducho en lo múltiple) y su entenderse —con: la aptitud para conjugarse con otros lugares, gentes, ideas, culturas...

Pero antes de entrar en eso por el costado de su obra, que es, claro está, donde se aprecia mejor, despejemos otra cuestión que también es personal. Me refiero a lo que, por decirlo provisionalmente de algún modo, llamaré la "racialidad" de Alfonso Reyes.

¿Es un mexicano genuino? Comprendo que la pregunta pueda parecer ociosa cuanto delicada. Se invade con ella un terreno muy problemático, escabroso de pequeños nacionalismos. El propio Reyes nos ha prevenido contra las generalizaciones en esta materia como en tantas otras. "No creo —dijo en cierta entrevista— que el mexicano o lo mexicano sean una entequis ni que existan de toda eternidad y posean rasgos necesarios e inmutables..."

Bien, todo pueblo es variedad humana en el espacio y variación en el tiempo. Pero ¿no hay un mexicano medio, "típico", más o menos estable? Desde fuera al menos, tenemos una imagen tal, hecha de retazos y rezagos del trato, y ciertamente se ha hecho a veces argumento serio de la "mexicanidad", como cuando Pedro Henríquez Ureña la reclamaba para Ruiz de Alarcón. Nos representamos así al mexicano suave, frío de aspecto, como sus nevados volcanes, y en la entraña ardiente; le pensamos concentrado, intenso, con un dramatismo soterrado que en el hombre común se manifiesta en oblicuas reticencias y en los de gran expresión —Gutiérrez Nájera, Díaz Mirón, Nervo, González Martínez, Orozco...— aflora por lo lírico, lo místico o lo trágico, pero siempre con temperatura de honda combustión.

Tenga o no correspondencia real esa imagen, me vale al menos para anotar que Reyes no cuadra con ella. No, no es el mexicano típico, y aun pudiéramos aventurar que eso se le ha conocido en su tierra misma, dando razón de ciertas pequeñas animosidades que allá parecen mordisquear la nacional admiración. Del mexicano tiene, no lo que da la naturaleza, si es que algo da, sino lo que viene de la sociabilidad, del estilo ambiente: no la internidad ardorosa, pero sí la suavidad, la contención, el sentido de la forma, la cortesía, o sea todo aquello que Henríquez Ureña la atribuía al teatro de Ruiz de Alarcón.

Acaso se deba eso a la escasa levadura indígena en Reyes, procedente de una región donde lo indio —me dicen— nunca se mezcló mucho a lo criollo. Como quiera que ello sea, la impresión que da es la de esa criolledad del vástago colonial a quien la sangre de España le coloreaba todavía la mejilla. Libre de las tensiones íntimas del mestizaje acentuado, su mexicanismo es sereno, de conciencia histórica más que de raíz natural. Por eso no hallamos en la obra de Reyes complacencia alguna hacia esa violencia telúrica, de "segundo día de la creación", que Keyserling percibía en nuestras tierras. Lo primario, lo primitivo, lo oscuro, lo mira —cuando lo mira— a través de un prisma civilizatorio, estilizándolo, sacándole sus luces y perfiles más nobles, como en su *Visión de Anáhuac*. No ve la tierra tanto como la flor. No la tormenta o el terremoto, sino "la región más transparente del aire". La Revolución Mexicana, que con los jóvenes intelectuales de su generación en cierto modo indirecto



Alfonso Reyes.—Dibujo de Bartoli.

ayudó a preparar, no le azotó en balde, ni ha sido él insensible a sus ideales. Pero da Reyes la impresión de haber asimilado su tragedia, resolviéndola, a pura inteligencia generosa, en luz de comprensión para un desvelo sereno por los destinos de su patria.

Así es también su americanismo. No de la variedad bronceadamente adicta a cierta idea de fiera autoctonía para nuestra masa de pueblos, sino el de integrador designio, que busca conjugar la tradición occidental de cultura con la vocación natural de América. Nadie ha tenido más honda conciencia de la "utopía" o marco de esperanzas que desde el primer momento fue y sigue siendo el Nuevo Mundo y cuya sustanciación ha de ser una síntesis del sentido humanista y el sentimiento de humanidad.

Todo esto concierne mucho al alma de su obra. Tiempo es de abordar el cuerpo de ella, siquiera sea para proponer algunos rasgos de caracterización.

Vista desde fuera y en su totalidad, resulta curiosamente difícil de definir. Uno de los indicios de la universalidad de Reyes es que desafía toda clasificación demasiado unívoca. Se trata, evidentemente, de un gran escritor; pero ¿qué género de escritor? ¿Dónde lleva el acento?

Ante todo, permítaseme ciertas consideraciones externas que no dejan de ser significativas en un sentido interior. Lo más obvio en la obra alfonsina es la vastedad y la variedad. El mismo que lleva muy bien sus cuentas literarias, nos habla de más de un centenar de volúmenes. Ha cultivado casi todos los "géneros": la poesía, la didáctica, el ensayo, el relato, la historia. Algunas de sus obras —pocas— son sistemáticas y extensas, como *La antigua retórica* y *El deslinde*. Las más son recolecciones de esfuerzo menor.

Junto a la enorme fecundidad de Reyes, se cree observar cierta prodigalidad editorial. Todo el mundo sabe que es un diligentísimo salvador de sus propios escritos. Nada deja de llegar a las prensas tarde o temprano: ni siquiera los apuntes de mero estudio, las anécdotas de cierto juego, las opiniones aisladas, las cartas literarias... Añádase un esmero exigentísimo en la edición. La "pureza" de impresión, la dignidad monumental o breve del formato, la impecabilidad tipográfica, son notorias obsesiones alfonsinas. Nadie sufre más con las

erratas, que a veces parecen perseguirle, desafiando su buen humor.

Explicaremos estos pruritos diciendo simplemente que Reyes está enamorado de su propia obra más de lo normal en cualquier escritor. La razón no me parece tan superficial, y creo que nos pone en la pista de lo que más nos interesa: la psicología literaria de Alfonso Reyes y su estética en general.

No se trata de vanidad, sino de todo lo contrario: una especie de objetividad: "Siempre, al escribir —ha dicho Reyes en una de sus muchas confesiones relativas al oficio— me veo escribiendo como desde arriba de mí mismo, y se me antojaría contar en qué condiciones lo hago"... Diríase que una vez producida, siente su obra como cosa ajena, de la cual él no hubiera sido sino portador. Esto ha de guardar relación con su concepción general del arte, y particularmente de la literatura.

Por encima de todo la obra literaria es un documento, un testimonio. Testimonio personal, de una vocación; pero también de la obra de la inteligencia en el mundo y en la historia. Las dos dimensiones se enlazan. Si ciertos espíritus se sienten llamados a la expresión de un modo incontenible, ha de ser porque están particularmente dotados para cumplir una voluntad superior, digámoslo así. Por la raza de ellos "habla el Espíritu". El espíritu que, con minúscula y sin sublimaciones metafísicas, podemos representarnos como una suerte de conciencia genérica que el hombre se ha ido formando a lo largo de su empeño secular por sobreponerse a la naturaleza y a la animalidad. Instrumento y testimonio a la vez de ese empeño, el verbo es casi sagrado, como lo es la vocación a su más refinado ejercicio, la literatura. De ahí que Reyes no sepa decir de sí mismo nada mejor que el haber sido un hombre leal a su vocación literaria. De ahí también que no se sienta en el caso de relegar sus obras de menor empeño, porque todas son testimonios de esa lealtad con que la conciencia humana, a través de cada escritor, se conoce a sí misma y se enriquece. Por eso, en fin, dice Reyes: "El arte de la expresión no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano".

Pero la deferencia hacia lo menor, que es otro rasgo cuantitativo en la obra de

Reyes, puede tener más especial sentido. Este pretor sí se cuida de lo mínimo. La chispa es tan fuego como la llama. Lo breve hasta puede tener una dignidad superior, si conlleva más concentración, pues ésta supone un mayor esfuerzo de la inteligencia y una mayor sinceridad. "¡Lástima que nuestros poetas se hayan vuelto fecundos" —dicen unos versos de Reyes—: "aprenderían el mucho-en-poco de los peones errabundos". El arte de lo mínimo consiste entonces en tomar la flor de la meditación o de la experiencia estética: su más fino fruto, su primor.

En Reyes esto tiene, además, un relieve psicológico. Es un escritor de detalles, no de grandes masas. Hasta sus libros mayores parecen hechos en función de lo pequeño, por acumulación. Lo grande, para Reyes, es lo que cata, no lo que se extiende. Su vastedad está en la obra total; en la *Suma alfonsina*. Y no la constituye tanto ese centenar de libros que ha escrito como la atención de que antes hablábamos, marca primera de su inteligencia. Reyes es la capacidad más heroica de atender que ha tenido América. Martí, Hostos, Sanín Cano son también argos fabulosos; pero no tan atentos al detalle como Reyes. Y no sólo ha sabido atender a infinidad de cosas en los varios reinos de la experiencia, común o literaria, sino que las ha entendido en su intimidad, como no suele el mero "espectador". De ahí que lo tenga todo tan asimilado, tan incorporado a su energía crítica y creadora y tan pronto siempre a ser utilizado. Sus alusiones —incesantes, pertinentísimas siempre— no son meras "asociaciones de ideas", más o menos adventicias y prescindibles. Parece como si se engendraran orgánicamente, necesariamente, de su propio pensamiento.

Variedad, pero también unidad. La obra de Reyes responde a dos impulsos principales: el poético y el crítico. Antes de *Cuestiones estéticas* apenas había publicado más que unos sonetos y algunas prosas de estudio. Ya ahí estaban, sin embargo, las dos orillas de su vocación, que es un cauce único.

Con la poesía estrenó el talento. "Yo comencé escribiendo versos y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin", dirá en el tono de quien reclama un derecho. Concibe la poesía, en efecto, como una necesidad casi vital: "un modo de corregir la vigilia con los anhelos del sueño". Engendrado, sin embargo, en la reacción modernista contra el exceso de sueño romántico, el verso le nació parnasiano y nunca llegaría a lo confesional e íntimo sino por la vía del humour. Su inspiración tenderá a la paganía, a cierto bucolismo sensual —"la miel, la leche, el vino"—, al filosofar amable y la ternura irónica de los recuerdos, a los ecos, en fin, de la cultura, incluyendo con alguna insistencia el "taimado intento" de volver a las edades de oro. Es, esencialmente, una poesía sabia, en que la fragancia de jardines, de frutas y de amores se junta con la de las viejas formas poéticas, exquisitamente aprovechadas:

el romance paladino
del vecino
con la quintaesencia rara
de Góngora y de Mallarmé.

Pero junto al sueño (relativo, como vemos: más bien otra forma de vigilia) quiere Reyes, creo que preferentemente, el conocer: el *lucidus ordo*. Esa querencia se manifiesta, por de pronto, en la curiosidad de la creación ajena, en la erudición, y con ella en la valoración crítica. Porque nunca será un mero filólogo. Así como su poesía se asiste de erudición, la erudición se le nutre de poesía. El rigor de la investigación directa, de la precisión minuciosa, del arduo "papeleteo" sólo será el cauce necesario para el brío de la interpretación y de la meditación estética, que tanto impulso recibe de la pura sensibilidad.

El saber y el sentir confluyen a menudo en su obra. El mismo año de la aparición de *Cuestiones estéticas*, si no me equivoco (1), publicó Reyes la primera versión de *Visión de Anáhuac*, el ensayo evocador del México precolombino que muchos tienen por una de sus pequeñas obras maestras. Lo es sin duda. Poesía y saber se juntaron ya en él para integrar un dechado de documentación iluminada, de amor crítico —*intelletto d'amore* aplicado al paisaje en que ya Balbuena, el de la *Grandeza mexicana*, había estrenado el éxtasis criollo. La visión de Reyes no le cede en deliquio ni en primor descriptivo.

Se iniciaba así una carrera literaria en que la curva temática se iría elevando cada

(1) Terminó de redactar estas cuartillas en Milán, muy lejos de mis papeles y de toda fuente de consulta.

SIGUE EN LA PAGINA CATORCE

UNIVERSALIDAD DE ALFONSO REYES

SIGUE DE LA PAGINA TRECE

vez más, pero siempre dentro de esas coordenadas de saber y poesía y sin que la creciente universalización del designio dejase de verse amenizada con frecuentes descensos al *divertissement* literario. Siempre el espíritu luminoso de Reyes se mostraría provisto de aquellos dos rayos, que ora se separan, ora se funden. Algunos poemas suyos aluden a esa dualidad, que su universalismo tiende a integrar:

¡Ay del que teniendo dos ojos
y por tener el alma manca,
no sabe filtrar la luz blanca
mezclando los verdes y rojos!

Su erudición crítica cobra cada vez mayor envergadura. Cuestiones estéticas era todavía un libro que enseñaba lo juvenil en su misma impaciencia por los grandes temas. Inmediatamente después, Reyes se repliega sobre la materia literaria americana: la poesía de su tierra, Lizardi, Darío... Sus primeros estudios sobre Ruiz de Alarcón le sirven como de puente para la interpretación de lo clásico español. Luego de una breve estancia de diplomático en París, recaló de bohemio en Madrid. El criollo casi puro que en él hay se asimiló muy bien a España, donde vivió algunos de sus años duros y felices. Pertenecía a una generación americana que, reaccionando contra los resentimientos del liberalismo criollo del XIX, y también contra las fidelidades "godas" del siglo, se conmovió con el "desastre" del 98 y buscó tras él la España que siempre se salva de las tormentas, la "esencial y eterna". Desde Rodó ya no era tanto la "Madre Patria" como la "España niña"; pero si los afanes críticos se iban tras lo intacto y la promesa, los estéticos mostrabanse leales a lo clásico y a "la gloria de don Ramiro". Esta conjugación de sentimiento hizo consonar a aquellos americanos con la generación del 98. Reyes, por otra parte, venía de una disciplina antipositivista, nacida de los impulsos de Justo Sierra y del ambiente helenista, humanístico, un poco bergsonianos ya, de la Preparatoria mexicana. Todo aquello le había preparado para insertarse en el nuevo criticismo español y para moverse a sus anchas en el huerto, entre epícuero y estoico, de don Francisco Giner y sus discípulos.

Lo poético y lo crítico se le nutrieron a la par. Ahondó las raíces de su afición clásica, pero inclinándose no a los tesoros austeros de España, sino a los de cierta soterrada paganía, al Arcipreste, a Lope, a Góngora. No se paseó en Cortes; las vivió, asimilándolas e incorporándose a ellas, como tres siglos antes lo había hecho su paisano Ruiz de Alarcón. Y como él, destiló las esencias de España en el alambique de su ingenio mexicano. Los lectores de las Páginas escogidas de clásicos españoles que Reyes prologó para Calleja tuvieron la nueva experiencia de una erudición en que cierto leve acento americano campeaba: una erudición fresca, viva, sin empaque, antes con cierto gracioso desenfado, que rivalizaba en sensibilidad evocadora y crítica, pero asistida del más riguroso método, con el impresionismo de Azorín. Una sonrisa se había añadido a la sabiduría de Menéndez y Pelayo.

Las viviendas madrileñas nutrieron también otro modo de su ingenio: el de las descripciones interpretativas. La poesía volvió a entrar en complicidades delicio-



Otra fotografía de Alfonso Reyes.

sas con la crítica y ambas devanearon con la fantasía. Así fue pasando de las estampas, de los "cartones de Madrid" a los ensayos juguetones de *El suicida*.

Otra influencia tuvo mucho que ver con la disciplina de su atención y los consiguientes refinamientos de su inteligencia: cierto periodismo de *antipia* que ejerció en El Sol de Madrid y cuyas mejores cosechas recogería en la serie de compilaciones de artículos titulada *Simpatías y diferencias*. La atención de Reyes se ensanchó; ya no captaba sólo la vida española; también los ecos sugestivos de fuera. El mexicano empezó a traerse el mundo a casa: la casa hispánica. Se le afinó el sentido de la ponderación, la simpatía sin desbordamiento de entusiasmo, la discrepancia cortés que sabe ser sólo "diferencia". A la pasión dogmática oponía un escepticismo sin desilusión. Y con todo ello le vino un incremento de soltura y de exactitud en el estilo, que cada vez se iba descargando más de primores ornamentales para valerse de la pura gracia y sencillez.

Todo eso fue escuela para el ensayo genuino y para el relato de humor y fantasía. Ya se sabe que aquél género es cosa ambigua, por la variedad de intenciones y prosas que en esa categoría se cuelan. Para mi gobierno, prefiero representármelo, en su forma más auténtica, como un género de prosa que se caracteriza no tanto por el camino como por el paisaje intelectual. Tal el ensayo en que sobre todo los ingleses son maestros: el de Swift, el de Lamb, el de Stevenson, el de Chesterton, autores, por cierto, a quienes Reyes ha traducido. Este tipo de ensayo, pocos lo han comprendido ni cultivado tan bien, en español, como el mexicano. Pero también su arte de ver juntos el camino y el paisaje es insuperable. Entonces nos da ese otro tipo de ensayo elucidador en que lo didáctico se llena de horizontes universales.

En Madrid, saber y poesía vuelven a enlazarse para la tarea de verso a la vez más uncida y más libre que ha salido de su pluma: *Ifigenia cruel*. En esa tragedia en miniatura —siempre la concentración alfonsina— el mito griego está repensado, recreado. Todo lo que respecto del modelo se ha perdido en simplicidad y en vigor primitivo se ha ganado en sutileza psicológica, y los versos de Reyes no ceden a los del clásico en majestad lírica y dramática.

Poco después, el desterrado de Madrid sube de categoría viajera: va a París, esta vez —creo recordar— ya de diplomático mayor. En aquella "oficina de la inteligencia", que decía Unamuno, la suya se expande, pero a la vez se ve estrechada a menor familiaridad, convidada a más riesgosas aventuras. Pasa por la feria de las novedades, de los "ismos", por los laboratorios poéticos que ya tenía presentidos desde sus estudios de Mallarmé y que ahora ocupan otros grandes alquimistas como Valéry. En la conciencia del clásico ame-

ricano que es Reyes, ingresa el gusto de lo mágico literario y no ya como erudición, sino como tentación. Venía preparado por el "sabor de Góngora", que nadie antes había sabido degustar como él. Pero el culto de la belleza difícil no es ya cosa de arqueología, sino de novedad militante.

Al curioso de toda "experiencia literaria" en la madurez un poco. El gusto se le hace menos "católico" y más liberal. Ya la fantasía le cobra audacia y extrañeza en los relatos. Ya sus versos, antes tan castos a su manera pagana, se permiten funambulismos ocasionales. Ya vuelve de París a América haciendo el elogio del "disparate lírico", que decía Mariátegui, y añadiendo la travesura de la "jitanjáfora"... Pero todo con un aire de juego. Al cabo su ley se impondrá: la de la norma clásica, la disciplina limpia y precisa.

Si España le había metido aún más en las raíces de sí mismo, lo que París y sus dependencias hicieron fue actualizar su occidentalismo y estimular su vocación de universalidad. Cuando regresa definitivamente a América, trae una voz de más altos acentos, más desentendida que nunca de lo provinciano, de lo nacional, aun de lo castizo, y al mismo tiempo, sin embargo, más profundamente americana. Empieza a sentir el "presagio" de América, su compromiso con el mundo. A propósito de Virgilio, lo que le interesa no es la revisión del poeta latino, sino los destinos de la latinidad de que su México es parte. En el camino de Buenos Aires halla el "rumbos a Goethe". Cuando se instala en Río de Janeiro, el aire se le vuelve un constante "tren de ondas" que vienen desde muy lejos en tiempo y espacio. Y algo de ese rumor de universo, lo que se oye en el hueco de una caracola, se lo manda por correo a sus amigos de todo el mundo, bajo el sello filial de Monterrey. Ya puede decir: "Pueblo me soy y como buen americano, a falta de líneas patrimoniales me siento heredero universal... Mi casa es la tierra. Nunca me sentí profundamente extranjero en pueblo alguno. Soy hermano de muchos hombres y me hablo de tú con gente de varios países... La raíz profunda, inconsciente e involuntaria, está en mi ser americano".

Esta idea se le hace cardinal. Su apariencia paradójica se disuelve en aquella otra noción tan suya de que América no es realmente, espiritualmente y fuera de lo político, demarcación de nadie, sino área de humana confluencia, vacada a una síntesis de culturas y, sobre todo, a la conjugación armoniosa de la disciplina y la libertad. Tienen sus pueblos cuerpo propio de tradiciones e instituciones, masa de sangre indoespañola y patrimonio específico de idioma, religión e historia; mas sobre el haz de sus tierras, la más alta atmósfera está hecha del alma del mundo. Por ser americano se es ya ciudadano de una polis universal.

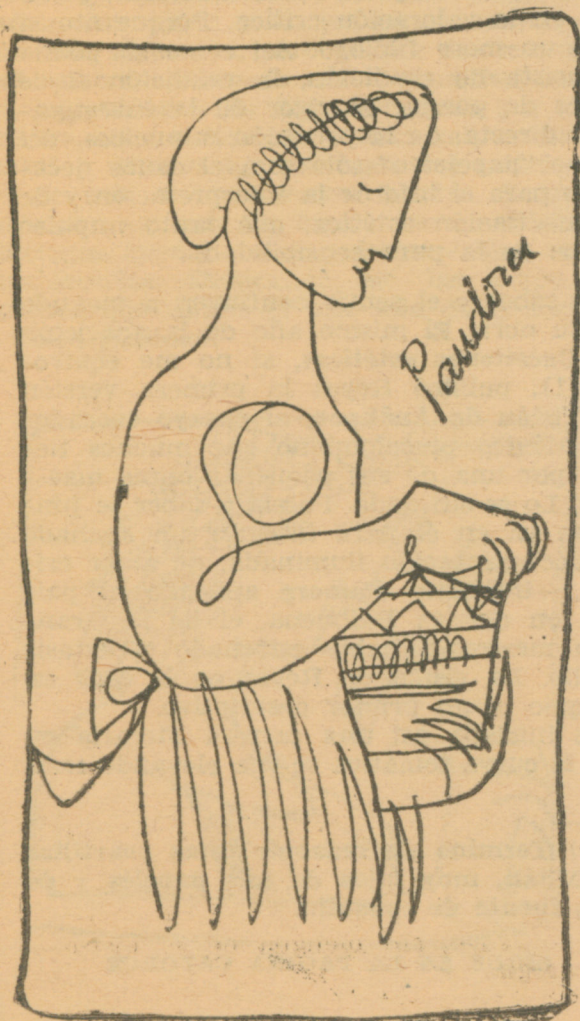
Tenga o no alguna realidad, el valor normativo de esa idea es evidente. Cada masa

humana tiene su instrumento que tocar —el suyo propio— y según lo toque dará mejor o peor son en la historia y se complacerá más o menos a sí misma y al resto del mundo que quiera detenerse a escucharla; pero no es menos cierto que en el espíritu del hombre se da también un ideal sinfónico, que sólo puede satisfacerse con ritmos universales. La gran contribución de Alfonso Reyes ha sido señalar incansablemente ese ideal y darle a América el gusto de su música.

El desvelo por esa conciencia de universalidad en nuestros pueblos no le hizo olvidar el perfeccionamiento de la suya propia. Ya en mucho de su obra había pulsado con firmeza los grandes temas, pero a su manera concentrada y a la vez dispersa. Faltaban las grandes empresas orgánicas de la meditación estética, que ha sido su solitización más constante. Pudo al fin llevarlas a cabo cuando, libre ya de la diplomacia, volvió, como antes, a tocar tierra, su tierra. Desde la tranquilidad en que reposa con sus libros, nos ha dado esas obras de sabiduría que son *La crítica en la Edad ateniense*, *La antigua retórica*, *El deslinde*, obras de sosiego y trasiego, de tradición e invención, en que el talento elucidador de Reyes, ya muy granado en los admirables ensayos de *La experiencia literaria*, ha dado sus frutos más opulentos de teorización. Por la envergadura y profundidad, esos libros no parecen de esta América nuestra, donde tanto de lo que se escribe, aun para las librerías, es *sub specie* periodística. Pero justamente ese dar siempre el esfuerzo heroico, desentendiéndose de lo popular y de la más común receptividad, ese poner el oficio a las más exigentes tareas, es uno de los ejemplos que de Reyes hemos recibido. Y uno de sus más generosos tributos: ha escrito siempre como si ya en América hubiese resonancia universal.

El reposo, un poco sobresaltado, en la altura mexicana, por las palpitaciones excesivas del corazón, le ha permitido también a Alfonso Reyes recoger y ordenar sus cosechas de versos, escasas y aisladas. Ha salvado así a su poesía de parecer hija cenicienta en la casa de su ingenio. Ha recordado al poeta delicado, sabio, trémulo unas veces, otras donoso, siempre fragante que en él había. Pero si omiso fue, al amparo del olvido o de la *inasequibilidad* de su obra poética, el que se le viera durante mucho tiempo sólo como un gran ensayista, no menos simplificador o exagerado resulta el pretender ahora, frente a esas exhumaciones, que lo esencial en Reyes es el poeta. Sólo si a esta palabra se le da su sentido más radical —y más vago— puede ser válido el juicio. Desde luego, en toda la obra de Reyes bate el ala de la poesía. Pero lo característico en él no es el sueño, sino la vigilia, no es el misterio trémulo, sino la firme lucidez. Ni su expresión alcanza su ritmo más perfecto en la danza del verso, sino en el andar gracioso de una prosa como pocas natural en el artificio, precisa, elástica y llena de garbosos quiebros.

Una gloria literaria de cincuenta años dora ya al maestro en su retiro de la meseta mexicana. Le rodean el cariño, la admiración y la gratitud de nuestros pueblos. Su prestigio trasciende el orbe hispánico. Ahora se pide para Reyes el Premio Nobel. Otros habrá con parejos méritos, porque el mundo es ancho y, a veces, demasiado ajeno; pero de fijo nadie se merece mejor que "el mexicano universal" ese lauro con que Europa reconoce valores sin fronteras.



HOMENAJE A ALFONSO REYES

SIGUE DE LA PAGINA SEIS

panoamérica tiene su Alfonso Reyes y lo agarra por el costado más cercano. Discutirle la prioridad a cualesquiera de las manifestaciones de su maestría sería tanto como echar a pelear las partes de un todo redondo y cumplido; pero es legítimo preguntarse por donde cae el secreto de tan múltiple acierto.

Mientras más entramos en la cuidada selva alfonsina —más jardín que selva, ciertamente—, mejor entendemos la razón que tuvo Pedro Henríquez Ureña, allá por los 27, para decidir que su mejor porción de cultivo es la poesía. La poesía, comprendida la que atraviesa, visible o presentida, todas las avenidas de su tránsito. Bella obra en verso tiene Alfonso Reyes; muchos de sus poemas, por tiernos y claros, por remansados y pensativos, quedarán en la Antología Americana. Y hay un matiz, un medio tono nostálgico y otoñal en que nuestro escritor no tiene émulos:

La mano acudió a la frente
queriéndola sosegar...

Pero su mensaje lírico es más ancho y esencial; es inseparable de su letra, de su pensamiento y de su razón. Por ser poeta es tan cabal ensayista Alfonso Reyes. Porque un gran ensayista es eso: un pensador con poesía. Los ensayos de Reyes son ejemplares y ocurre al leerlos que avanzamos en la perspectiva de sus panoramas porque hacia ellos nos empuja, subterráneamente, la virtud lírica que vigila y anda por debajo de la rica escritura.

No es cosa intrascendente esta condición de sabio iluminado. La condición lírica inseparable es en este caso como el tono de ciertas voces de privilegio: que nos ganan tanto por lo que dicen como por la mantenida seducción de sus registros. Medítese en esta rara confluencia: la investigación es el dato, la comprobación; el hallazgo; tarea científica, si ha de valer la pena, nos sitúa frente al hecho y nos pide aquiescencia. Pero esa verdad descubierta, expuesta, registrada, es realidad sin sustancia y a la larga ceniza de archivo si no se ensarta en una dimensión imaginada, en un ámbito creador. El gran obstáculo —ese que ha superado vitaliciamente Alfonso Reyes—, reside en que las notas del investigador parecen (y aparecen) opuestas a las del hombre lírico. El vuelo poético, como todos los vuelos, aleja de lo cercano, distancia de lo comprobable; por lo que parece pecado en el escudo pescador del pasado. El oficio del investigador triunfa cuando da con el hecho; el del poeta cuando ofrece al hecho encarnación inesperada. Cuando se dan en un solo hombre la sed del rigor y la sed del vuelo, estamos en presencia de un raro caso, del que pueden esperarse todas las hazañas. Esas hazañas que repudian y temen los buscadores de fechas. A hombres como Alfonso Reyes los verán siempre como intrusos, como cabezas a pájaros, como gentes que no acaban de acogerse al buen vivir. Los lectores inteligentes y voraces, esos que hacen la verdadera gloria del escritor, los verán, en cambio, como redentores de la búsqueda sin categoría, como varones capaces de abrir las ventanas de la biblioteca, aunque el aire fresco del campo y el grito de la calle desarreglen por un instante (el instante de gracia) la ordenación estricta. Cuando los papeles vuelven a su lugar ya son otros y la sacudida del viento les ha hecho nacer alas nuevas.

Lo que nuestros escritores y lectores están festejando en estas Bodas de Oro es el raro caso de un poeta que tiene paciencia y vigilancia para ordenar los viejos papeles y fuerza y decisión para desordenarlos en el viento del mundo. Lo que se está encareciendo en esta dilatada pleitesía es la inusual symbiosis que permite a un solo hombre de letras la exigencia —virtud científica—, que se pelea con el aire y el ímpetu de vuelo, dominio del aire: virtud poética.

EL SOL EN LAS BARDAS

Las Bodas de Oro con la literatura de un escritor como Alfonso Reyes no pueden aludir a decadencia sino a culminación, y a culminación en marcha. Sus últimas obras muestran una calidad sostenida y aún superada. Caso impar, su tesoro acrece sin treguas y los años agravan su gracia. Para él, al medio siglo de empezar, aún hay sol en las bardas. Un sol de tarde gloriosa, de tarde mexicana, con el oro cernido y envolvente, con las flechas del aire apuntando al valle y a las montañas: sangre y nieve, infinitud y altura. Inquilino del mundo y de su México —de su biblioteca y de su aire—, Alfonso Reyes tiene la tensa serenidad, el pulso intacto que asegura la flecha en el blanco. En este aniversario por fuerza severo (medio siglo es un mundo de recordar y de imaginar) vemos desde aquí al maestro americano de pie en la faena, sano en su ejercicio, insaciable en su cacería de hallazgos.



Alfonso Reyes.—Caricatura de RAS.

Con la conciencia de su fuerza entera, más de un discípulo de por acá, y todos lo somos un poco, le ha pedido a Alfonso Reyes una obra que complete y culmine su rica trayectoria. La historia literaria de México, la de tres dimensiones que aún no tenemos, han dicho algunos; el estudio del

proceso cultural de la América Latina, piden otros. Un análisis exhaustivo de las ideas estéticas de nuestras figuras capitales, agregan todavía. En todo ello hay como la impaciencia, como el temor inconfeso de que el Maestro se nos vaya sin habernos dado su medida plena. Y claro está que Al-

Varón Humanísimo

SIGUE DE LA PAGINA ONCE

propio molino o ennegrecer y acidificar el pan de los demás hombres.

Se puede en esta discordia —tan típica también de nuestros pueblos hispanoamericanos— atribuirles toda virtud y calidad a los indígenas para negarla a los españoles; se puede ser partidario de una exclusiva leyenda negra o una no menos exclusiva leyenda dorada, pero el historiador, el crítico, el filósofo debe analizar con la mayor objetividad posible todo lo que existió, así como el muy católico Menéndez Pelayo tenía que empacharse a veces de erudición judía o islámica para comprender el proceso milenario del pensamiento hispano. Y siendo tan aguerrido contra la herejía, el buen don Marcelino estaba tentado de absolver a algunos herejes cuando escribían con elegancia o podían ofrecerle un pensamiento original. La verdadera actitud del humanista cristiano es incorporar a Sócrates a las letanías mayores y no dejar a Virgilio a las puertas del Paraíso. Y así podemos hablar de la integración mexicana y hispanoamericana que desde nuestro ángulo particular, ofrece la obra de Alfonso Reyes. El mismo artista que con tan colorada maestría nos dio la "Visión de Anáhuac", escribe —como juntando cola y cabeza de nuestro complejo cultural— aquellos sagacísimos "Capítulos de Literatura española" en que está algo de la mejor prosa crítica de su generación. En su alma estos extremos históricos pueden conciliarse. Lo que fue guerra civil o discordia étnica ya es Historia integrada.

¿Por qué no ha de ser el lenguaje —en esta época maravillosa de la Óptica y cuando se logró descubrir el microscopio electrónico— un instrumento de la más ceñida precisión, y por qué el erudito y el artista no coviven y se hacen mutuos préstamos en una ciudad ideal de la Cultura? Y por todo lo desmarcado, exuberante e inútil que había en la prosa y el saber hispano en el siglo XIX, Alfonso Reyes forjó su idioma como puntal de exactitud y pulcra belleza. La inspiración y la arbitrariedad, los buenos gramos de locura que necesita también la obra de arte, pasaron siempre por el exigente tamiz de su inteligencia. En muchos entretenimientos, casi barrocos de su prosa, como aquel tratado "Si el hombre puede artificialmente volar", en obras menores como "Tren de Ondas", "Cocina y

bodega", "Arbol de pólvora"; en muy gentiles notas de "Simpatías y diferencias", el gran humanista quiere jugar al buen aire libre de toda invención lingüística. Elevará, entonces, el suelto globo coloreado de la "jitanjáfora" o nos contará con perfecta cortesía una anécdota levemente picaresca. Nada de lo humano —aun la travesura— le resulta extraño. Rescata de viejos papeles toda una pequeña enciclopedia del doble sentido como la libertina carta que "envía un aperador a su señora" de Mateo Rozas de Oquendo, en que la picardía peninsular está ya recibiendo la sabrosa mistela de la picardía mestiza, pero aun en juegos tan peligrosos nunca ha de perder la perfección apolínea. Y cuando parece que nos vamos a sorprender y escandalizar de oír tales cosas de maestro tan ponderado, Alfonso Reyes extrae de sus archivos una ficha clara y prolija, y desde los griegos clásicos hasta los europeos modernos, desde la "Odisea" hasta el "Ulyses" de Joyce nos explicará las transformaciones de determinado tema literario.

La literatura como sumo vehículo de comprensión de los pueblos, como primera dispensadora de los goces y la paz del ánimo, como blanca diosa que oponemos al furor de los tiempos, pudiera decirse de Alfonso Reyes en un ensayo ejemplar de concordia humana. Quizás sea con un francés de la Sorbonne, un inglés de Oxford o un alemán de Munich, uno de los cinco o seis hombres que tengan mayor cultura literaria en el mundo. Los libros se transforman en él, según la metáfora goethiana, en palabra viva. Son caminos, espejos, estímulos de una humanidad mejor. Llega a los cincuenta años de ininterrumpido trabajo literario, cuando el vino del otooño acendra toda la fragancia y densidad capitis. Todo se decantó de desorden e impureza en esta obra ofrecida a una América conciliadora y cordial. La América del espíritu que debe ser. Es uno de los pocos y universales maestros que ofrecen "sofrosine" y "caridad" en los días de discordia. La luz entra temprano en su biblioteca de la Avenida Industria en la ciudad de México, cuya Arquitectura se comparó con una piscina de varios y riesgos trampolines, porque Alfonso Reyes es un continuo Odiseo. "Varón humanísimo" de los pocos que pueden enseñar y aconsejar al continente.

Caracas: 1955.

fonso Reyes tiene dotes y saberes para tales empeños culminadores. Si él no rinde tales tareas, se preguntan los ansiosos, ¿quién las rendirá?

No votaría yo en contra de estos anhelos, tan ostensibles por acá. Pero tampoco votaría a favor. Cada autor tiene su destino y su ámbito y cuando se trata de un vagabundo cultivado como Reyes, parece lo mejor con su brújula y su gana. Parece para él la voluntad de Nietzsche, tan acatada por Mariátegui: "no amar al autor contraído a la producción intencional, deliberada de un libro sino a aquél cuyos pensamientos forman un libro espontánea e inadvertidamente". Parece nacido Alfonso Reyes para cristalizar aquel querer de Taine, amante de los libros que podían leerse por cualquier parte y en que el lector no quedaba servido sino dueño; libros que podían tratarse como un periódico porque eran, en efecto, diarios de un espíritu. Y eso ha sido, en su conjunto válido, la obra de Alfonso Reyes: el diario de su espíritu. Por lo que parece lo mejor que marche nuestro escritor hacia donde su aguja, imantada de poesía, le señale. Lo otro sería ponerle puertas al campo, propósito siempre descaminado. No conoce bien la naturaleza de Alfonso Reyes quien pretenda fijarle trabajos desde afuera; porque sus conquistas, como las de los viejos aventureros que sujetaron nuestras tierras al poder castellano, tienen su mejor marca en producirse sobre terreno inexplorado y por caminos de sorpresa. Es gran cosa que pueda decirse esto de un escritor que lleva medio siglo de alumbrado ejercicio. Porque esto equivale a pensar que lo que escriba no dejará de tener enjundia y lo que sueñe no dejará de tener poesía. Dejémos a Alfonso Reyes con su sabio tacto, dejémoslo en sus senderos imaginarios que tan fieles le han sido hasta aquí.

Este aniversario se ha querido asociar con la solicitud para Alfonso Reyes del Premio Nobel de Literatura. Ya se sabe que le sobran merecimientos para recibirlo; pero no mimemos demasiado la esperanza. Todavía nuestros valores más altos y genuinos no han logrado conocimiento bastante en los que otorgan esos galardones. Que hay casos de excepción como el de Gabriela Mistral, ya lo sabemos. Como hay casos —de la otra América—, tan desdichados e injustos como el de Ernest Hemingway, escritor que se ha empeñado en ser un gran deportista y parece que lo ha logrado.

Ocurre que desde Europa, y más desde su Norte lejano, no es fácil calibrar la exacta significación de un trabajador literario del tipo de Alfonso Reyes para nuestros pueblos y nuestra cultura. Hay en los mejores escritores hispanoamericanos elementos que le otorgan una medida específica, histórica, que no son perceptibles a distancia. ¿Podrá advertirse desde Suecia todo lo que hay en Reyes de trasmisor ejemplar de noticias y enfoques que nuestros veinte países necesitan recibir con esa maestría asequible y genuina? ¿Se podrá medir a tantas leguas la tarea de Alfonso Reyes entregando a nuestras juventudes inquietudes y teorías estéticas que pueden discutirse, pero que no puede desconocerse? ¿Podrá llegar a la intimidad responsable de los juzgadores ese hilo sutil de poesía y sonrisa, además hondo de su pueblo y moneda de ley subidísima con que ha comprado el Maestro de México la necesaria atención de un auditorio casi inacabable?

Si en esta legítima demanda sale Reyes perdedor habría que decirle a tiempo que su fracaso europeo se debe, en lo profundo, a su servicio americano. Y a su fidelidad americana. Toda ejemplaridad es sacrificio; todo magisterio es renuncia. Como el maestro Sanín Cano. Alfonso Reyes ha dialogado sin tregua con la curiosidad de sus compatriotas de lengua y destino; en la palabra hablada, gran irradiación de sus talentos, ha dejado mucho de su vigilia y de su creación. En sus comentarios esclarecedores, buena parte de su impulso para la obra colmada. De presentarse hoy ante el alto tribunal sueco con una docena de libros cejijuntos, de seguro que el camino se le haría más nacecer.

Sigamos pidiendo el Premio Nobel para Alfonso Reyes, pero sabiendo que su otorgamiento no significaría la consagración más alta. El galardón de mayor magnitud seguirá estando en esta pleitesía de veinte pueblos que han recibido lo mejor de su tarea y que le deben el ejemplo de una cultura universalizada y leal. En esta gran fiesta de familia está el jubileo condigno. En él debemos recordarle sus virtudes y exhortarlo a que siga sirviéndolas. Nunca una calificación ha sido más ajustada y oportuna: **Bodas de Oro**; en efecto, bodas de oro con su magisterio fraternal; bodas en que el oro brilla con la luz viva y futura. Oro de cumbre, que dijo otro gran poeta de su tierra. Oro apretado y brillante que tiene todavía que enriquecer y alumbrar —cultura y poesía—, a un vasto mundo que lo tiene por suyo, sin mengua de su distinción egregia.

ALFONSO REYES

DIBUJO DEL NATURAL, DE RAUL ANGUIANO

EL NACIONAL
AL SERVICIO DE MEXICO



R. Anguiano
Nov. 22 - 1958